



LA FE ES TU FORTUNA

NEVILLE GODDARD

“Pedid y se os dará.” - Mateo VII-7

1941

La fe del hombre en Dios se mide por su confianza en sí mismo.

PRÓLOGO

Si una persona quiere beneficiarse de la lectura de este libro, es necesaria la comprensión.

Existen dos grandes corrientes de pensamiento en el mundo. La gran masa de personas del mundo Occidental está moldeada para una forma de pensar extrovertida: una vasta fabricación de conocimientos, que son modificados constantemente mientras el individuo continúa combinando los llamados conocimientos de su prójimo.

Una pequeña minoría consigue separarse de estos pensamientos moldeados y escapar al ámbito del pensamiento en el que su propia consciencia gobierna como una autoridad. Esta minoría desarrolla una actitud espiritual claramente definida hacia la vida.

Este estado de consciencia puede conseguirse, sin duda, a través de la fe, pero el verdadero significado de la fe, y su potencial ilimitado, han desempeñado un papel tan pequeño en esta forma de pensar extrovertida, que se ha convertido en un obstáculo en nuestra época actual de la vida. Es prácticamente desconocida para la gran mayoría.

La mejor manera de conseguir tener una idea clara de lo que es una consciencia gobernada por la fe es familiarizándonos íntimamente con la literatura bíblica del mundo. Esta es la única literatura que ha pasado la prueba del tiempo. Todos los demás escritos se convierten rápidamente en verdades anticuadas. Cada afirmación pronunciada o cada hecho registrado en la gran masa de escritos del mundo es una connotación de la sólida literatura bíblica.

El verdadero mensaje de este libro está formado por repetidas instrucciones directas sobre cómo enfocar la literatura bíblica y cómo interpretarla para llegar a tener una comprensión clara de la fe y de su influencia ilimitada en la consciencia individual.

Un dato por sí solo, que se presenta enérgicamente en las enseñanzas de Neville, habla de su integridad, es decir, que se puede ayudar a la persona con

un enfoque comprensible de esta literatura y de sus efectos en la consciencia, pero una vez que se ha conseguido una comprensión suficiente, su interpretación depende enteramente de ella. Para ir más lejos en este punto, el autor señala simplemente que sus propios escritos deberían ser estudiados repetidamente hasta que se consiga un enfoque iluminado de la Biblia.

En este estudio, es posible que las lecturas y los significados decididos estén lejanos en el tiempo, haciendo que sea necesario fijar definitivamente las impresiones iniciales en la consciencia.

Es mediante la acumulación de estos estados de consciencia fijados, decididos con precisión, que el autor desarrolla gradualmente dentro de otro, que la comprensión de la fe se desarrolla de manera paralelamente a la comprensión de uno mismo.

SCOTT R. EDWARDS, licenciado en Ciencias,
doctor en medicina, miembro del Colegio
Norteamericano de Cirujanos.

*En verdad os digo
que antes de que existiera Abraham,
YO SOY.
JUAN 8,58*

ANTES DE ABRAHAM

“En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios.”

En el principio existía la consciencia no condicionada de ser, y la consciencia no condicionada de ser se tornó condicionada al imaginarse que era algo, y la consciencia no condicionada de ser se convirtió en aquello que había imaginado ser. Así comenzó la creación.

Por esta ley (primero concebir, luego convertirse en lo concebido), todas las cosas evolucionan a partir de la Nada, y sin esta secuencia no hay nada que sea creado.

Antes de que existiera Abraham, o el mundo, YO SOY. Cuando todo el tiempo deje de existir, YO SOY. YO SOY la consciencia informe de ser, concibiéndome como una persona. Por mi eterna ley del ser, debo ser y expresar todo lo que creo ser.

Yo SOY la eterna Nada que contiene dentro de mi ser informe la capacidad de ser todas las cosas. Yo SOY aquello en lo que viven, se mueven y tienen su existencia todas mis ideas de mí mismo, y no existen separadas de eso.

Habito dentro de cada concepto de mí mismo y, desde esa interioridad, busco continuamente trascender todos los conceptos de mí mismo, únicamente porque creo ser eso que trasciende.

Yo SOY la ley del ser y, aparte de mí, no hay ninguna ley. Yo SOY lo que Yo SOY.

*Así, la palabra que salga de mi boca
no regresará a mí vacía,
sino que realizará lo que yo deseo,
y llevará a cabo aquello que la envié a hacer.*

ISAÍAS 55,11

TÚ DECRETARÁS

El hombre puede decretar una cosa y entonces ocurrirá.

El ser humano siempre ha decretado aquello que ha aparecido en su mundo. Actualmente está decretando lo que está apareciendo en su mundo y continuará haciéndolo mientras siga siendo consciente de que es un ser humano.

Jamás ha aparecido nada en el mundo que el hombre no haya decretado que aparezca. Puedes negar esto, pero por mucho que lo intentes no puedes refutarlo, porque este acto de decretar se basa en un principio inmutable. El ser humano no ordena que las cosas aparezcan mediante sus palabras, las cuales, en la mayoría de los casos, son una confesión de sus dudas y sus temores. Decretar es algo que se hace en la consciencia.

Toda persona expresa automáticamente aquello que es consciente de ser. Sin ningún esfuerzo, o sin utilizar palabras, en cada momento, la persona está ordenándose a sí misma ser y poseer aquello que es consciente de ser y de poseer. Este principio inmutable de expresión está escenificado en todas las Biblias del mundo. Los escritores de nuestros libros sagrados eran místicos iluminados, maestros del pasado en el arte de la psicología. Al contar la historia del alma, personificaron este principio impersonal en la forma de un documento histórico, tanto para preservarlo como para ocultarlo de los ojos de los no iniciados.

Actualmente, aquellas personas a las que les ha sido confiado este gran tesoro, es decir, el clero del mundo, han olvidado que las Biblias son dramas

psicológicos que representan la consciencia del hombre; en su ciego olvido, ahora enseñan a sus seguidores a adorar a sus personajes como si fueran hombres y mujeres que realmente vivieron en el tiempo y el espacio.

Cuando el ser humano vea la Biblia como un gran drama psicológico en el que todos sus personajes y actores son la personificación de las cualidades y los atributos de su propia consciencia, entonces, y sólo entonces, la Biblia le revelará la luz de su simbología. Este principio impersonal de la vida que creó todas las cosas está representado como Dios. Descubrimos que este Señor Dios, creador del Cielo y de la Tierra, es la consciencia de ser del hombre. Si las personas estuvieran menos limitadas por la ortodoxia y observaran de una forma más intuitiva, no podrían evitar notar, al leer la Biblia, que la consciencia de ser es revelada cientos de veces a lo largo de ese texto. Por nombrar unas pocas: «EL YO SOY me ha enviado a vosotros». «Quédate tranquilo y sabe que Yo SOY Dios.» «Yo SOY el Señor y no hay ningún Dios.» «Yo SOY el pastor.» «Yo SOY la puerta.» «Yo SOY la resurrección y la vida.» «Yo SOY el camino.» «Yo SOY el principio y el fin.»

Yo SOY; la consciencia de ser no condicionada del ser humano es revelada como el Señor y el creador de todos los estados condicionados de ya existencia. Si el hombre pudiera abandonar su creencia en un Dios separado de él, reconociendo que su consciencia de ser es Dios (consciencia que se forma a imagen y semejanza de su idea de sí mismo), transformaría su mundo, que dejaría de ser un desierto estéril para convertirse en un terreno fértil de su agrado.

El día en que el ser humano haga esto sabrá que él y su Padre son uno, pero su Padre es más grande que él. Sabrá que su consciencia de ser es una con aquello que él es consciente de ser, pero que su consciencia no condicionada de ser es más grande que su estado condicionado o su idea de sí mismo.

Cuando el ser humano descubra que su consciencia es el poder de expresión impersonal, un poder que se representa eternamente en sus ideas de sí mismo, adoptará y se apropiará de ese estado de consciencia que desea expresar. Al hacer esto, se convertirá en ese estado de expresión.

«Decretarás una cosa y entonces ocurrirá» puede expresarse ahora de la

siguiente manera: Serás consciente de ser o poseer una cosa y entonces expresarás o poseerás aquello que eres consciente de ser.

La ley de la consciencia es la única ley de expresión. «Yo soy el camino.» «Yo soy la resurrección». La consciencia es el camino, así como el poder que resucita y expresa todo lo que el ser humano es consciente de ser.

Apártate de la ceguera de la persona no iniciada que intenta expresar y poseer esas cualidades y cosas que no es consciente de ser y poseer, y sé el místico iluminado que decreta en la base de esta ley inmutable. Declara conscientemente que eres eso que deseas; aprópiate de la consciencia de eso que deseas, y tú también conocerás la posición del verdadero místico, de la siguiente manera:

Yo he llegado a ser consciente de ser eso. Todavía soy consciente de ser eso. Y seguiré siendo consciente de ser eso, hasta que aquello que soy consciente de ser se exprese a la perfección.

Sí, decretaré una cosa y entonces ocurrirá.

*Conoceréis la verdad y la verdad
os hará libres.*

JUAN 8,32

EL PRINCIPIO DE LA VERDAD

«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres».

La verdad que libera al hombre es el conocimiento de que su consciencia es la resurrección y la vida, de que su consciencia resucita y da vida a todo lo que él es consciente de ser. Fuera de la consciencia, no existen ni la resurrección ni la vida.

Cuando el ser humano renuncie a su creencia en un Dios separado de él y empiece a reconocer que su consciencia de ser es Dios, como hicieron Jesús y los profetas, entonces transformará su mundo al darse cuenta de que «Mi Padre y yo somos uno, pero mi Padre es más grande que yo». Sabrá que su consciencia es Dios y que aquello que él es consciente de ser es el hijo que es testigo de Dios, el Padre.

El que concibe una idea y la idea concebida son uno, pero el que concibe es más grande que aquello que concibe. Antes de que existiera Abraham, Yo soy. Si, yo era consciente de existir antes de ser consciente de que soy una persona, y el día en que deje de ser consciente de que soy una persona, seguiré siendo consciente de que existo.

La consciencia de ser no depende de que uno sea nada. Precedió a todas las ideas de sí misma y seguirá existiendo cuando todas las ideas de sí misma dejen de existir. «Yo soy el principio y el fin.» Es decir, todas las cosas o las ideas de mí mismo empiezan y acaban en mí, pero yo, la consciencia informe, permaneceré eternamente.

Jesús descubrió esta gloriosa verdad y declaró que Él era uno con Dios, no con el Dios que el hombre había creado, porque El jamás reconoció a ese

Dios. Jesús descubrió que Dios era Su consciencia de ser y por eso le dijo al hombre que el Reino de Dios y el Cielo estaban en el interior.

Cuando se dice que Jesús abandonó el mundo y se marchó con Su Padre, simplemente se está afirmando que El alejó su atención del mundo de los sentidos y elevó su consciencia hasta ese nivel que deseaba expresar. Ahí permaneció hasta que se volvió uno con la consciencia a la que El ascendió. Cuando regresó al mundo humano, pudo actuar con la seguridad positiva de que El era consciente de ser, un estado de consciencia que sólo El sentía o sabía que poseía. La persona que ignora esta ley eterna de expresión ve esos acontecimientos como milagros.

Elevar tu consciencia hasta el nivel de la cosa deseada y permanecer ahí hasta que ese nivel se convierta en tu naturaleza es el camino que lleva a lo que aparentemente son milagros. «Y yo, si soy elevado, a todos los atraeré hacia mí.» Si soy elevado en consciencia hasta la naturalidad de la cosa deseada, atraeré la manifestación de ese deseo hacia mí.

«Ninguna persona viene a mí si no es atraída por el Padre que está dentro de mí, y mi Padre y yo somos uno.» Mi consciencia es el Padre que atrae la manifestación de la vida hacia mí. La naturaleza de la manifestación está determinada por el estado de consciencia en el que habito. Siempre estoy atrayendo a mi mundo aquello que soy consciente de ser.

Si estás insatisfecho con tu actual expresión de vida, entonces debes volver a nacer. El renacimiento es abandonar ese nivel con el que estás insatisfecho y elevarte al nivel de consciencia que deseas expresar y poseer.

No puedes servir al mismo tiempo a dos señores o estados de consciencia opuestos. Al retirar tu atención de un estado y colocarla en el otro, mueres para el que has dejado y vives y expresas aquel al que estás unido.

El ser humano no entiende cómo es posible que pueda expresar aquello que desea ser por una ley tan simple como la de adquirir la consciencia de lo deseado. El motivo de esta falta de fe por parte del hombre es que ve el estado deseado a través de la consciencia de sus limitaciones actuales. Por lo tanto, naturalmente, la ve como algo imposible de conseguir.

Una de las primeras cosas que el ser humano debe saber es que, al tratar con esta ley espiritual de la consciencia, no se puede poner vino nuevo en botellas viejas, o nuevos parches en ropa vieja. Es decir, que uno no puede

llevar al nuevo estado de consciencia nada del actual estado de consciencia. Porque el estado buscado es que, está completo en sí mismo y no necesita parches. Cada nivel de consciencia se expresa automáticamente.

Elevarte hasta el nivel de cualquier estado es convertirte automáticamente en ese estado en expresión. Pero para poder elevarte al nivel que actualmente no estás expresando, debes dejar aparte la consciencia con la que ahora te identificas. Hasta que no hayas dejado tu consciencia actual, no podrás elevarte a otro nivel. No te desanimes. Abandonar tu identidad actual no es tan difícil como podría parecer. La invitación de las escrituras: «Estar ausente del cuerpo y estar presente con el Señor» no es para unos pocos elegidos; es un llamamiento general a toda la humanidad. El cuerpo del que se te está invitando a escapar es tu idea actual de ti mismo, con todas sus limitaciones, mientras que el Señor con el que debes estar presente es tu consciencia de ser.

Para realizar esta proeza aparentemente imposible, debes apartar tu atención de tu problema y colocarla en el simple hecho de existir. Dices en silencio, pero con sentimiento: «Yo soy». No condiciones esta consciencia y sigue declarando: «Yo soy — Yo soy». Simplemente, siente que no tienes rostro ni forma, y continúa haciéndolo hasta que sientas que flotas.

«Flotar» es un estado psicológico que niega completamente lo físico. Mediante la práctica, en estado de relajación y negándote de buena gana a reaccionar a las impresiones sensoriales, es posible desarrollar un estado de consciencia de receptividad pura. Esto es algo sorprendentemente fácil de lograr. En este estado de desapego absoluto, una clara firmeza de pensamiento intencionado puede ser grabada indeleblemente en tu consciencia no modificada. Este estado de consciencia es necesario para una auténtica meditación.

Esta maravillosa experiencia de elevarte y flotar es la señal de que estás ausente del cuerpo o del problema y que ahora estás presente en el Señor. En este estado expandido sólo eres consciente de ser el YO SOY – YO SOY; sólo eres consciente de existir.

Cuando se logra esta expansión de la consciencia, dentro de esta profundidad informe de ti mismo, debes dar forma a la nueva idea declarando y sintiendo que eres aquello que deseabas ser antes de entrar en este estado.

Descubrirás que dentro de esa profundidad informe de ti mismo todas las cosas parecen ser divinamente posibles. Cualquier cosa que sinceramente sientas que eres mientras estás en este estado expandido se convierte, con el tiempo, en tu expresión natural.

Y Dios dijo: «Haya un firmamento entre las aguas». Sí, que haya una firmeza o convicción en medio de esta consciencia expandida, mediante el saber y el sentir que YO SOY eso, la cosa deseada.

Cuando declaras y sientes que eres la cosa deseada, estás cristalizando esa luz líquida informe que tú eres, coinvirtiéndola en la imagen y semejanza de aquello que eres consciente de ser.

Ahora que la ley de tu ser te ha sido revelada, comienza hoy mismo a cambiar tu mundo mediante la reevaluación de ti mismo. Durante demasiado tiempo, el hombre se ha aferrado a la creencia de que nace del dolor y de que debe conseguir su salvación con el sudor de su frente. Dios es impersonal y no hace diferencias entre las personas. Mientras el ser humano continúe teniendo esta creencia de dolor, seguirá caminando en un mundo de tristeza y confusión, porque el mundo, en todos sus detalles, es la consciencia del ser humano cristalizada.

En el Libro de los Números está escrito: «Había gigantes en las tierras y a nosotros nos pareció que éramos como saltamontes, y a ellos les pareció que nosotros éramos como saltamontes».

Hoy es el día, el ahora eterno, en el que las condiciones en el mundo han alcanzado la apariencia de gigantes. Los desempleados, los ejércitos del enemigo, la competitividad en los negocios, etc., son los gigantes que hacen que te sientas como un saltamontes indefenso.

Nos dicen que primero nos pareció que éramos como saltamontes y que, debido a este concepto de nosotros mismos, fuimos para el enemigo como saltamontes.

Para los demás sólo podemos ser aquello que pensamos de nosotros mismos. Por lo tanto, si nos reevaluamos y empezamos a sentir que somos el gigante, un centro de poder, automáticamente cambiamos nuestra relación con los gigantes, reduciendo a esos monstruos a su verdadero lugar, haciendo que parezca que son ellos los saltamontes indefensos.

Pablo dijo al respecto: «Para los Griegos (los llamados sabios del mundo) es necedad; y para los judíos (o aquellos que buscan señales), un obstáculo», con el resultado de que el hombre continúa caminando en la oscuridad, en lugar de despertar a la consciencia de que «YO SOY la luz del mundo».

El ser humano ha adorado durante tanto tiempo las imágenes que él mismo ha fabricado, que al principio le parece que esta revelación es blasfema, pero el día que descubra y acepte este principio como la base de su vida, ese día acabará con su creencia en un Dios que está separado de él.

La historia de la traición a Jesús en el jardín de Getsemaní ilustra a la perfección el descubrimiento de este principio por parte del hombre. En ella se nos cuenta que la muchedumbre, armada con palos y antorchas, buscaba a Jesús en la oscuridad de la noche. Mientras preguntaban dónde estaba Jesús (la salvación), la voz respondió: «YO SOY», ante lo cual la multitud cayó al suelo. Al recuperar la compostura, volvieron a pedir que se les mostrara el escondite del salvador y, una vez más, el salvador dijo: «Os he dicho que YO SOY. Por lo tanto, si me buscáis, dejad todo lo demás».

El hombre, en la oscuridad de la ignorancia humana, sale a buscar a Dios, ayudado por la luz parpadeante de la sabiduría humana. Cuando se le revela que su YO SOY, o consciencia de ser, es su salvador, la conmoción es tan grande que, mentalmente, cae al suelo, porque todas sus creencias se tambalean al comprender que su consciencia es su único salvador. El conocimiento de que su Yo SOY es Dios obliga a la persona a dejar a todas las demás, porque le resulta imposible servir a dos dioses. El ser humano no puede aceptar que su consciencia de ser es Dios y, al mismo tiempo, creer en otra deidad.

Con este descubrimiento, la oreja o la audición del hombre (la comprensión) es cortada por la espada de la fe (Pedro) mientras que su oído perfecto y disciplinado (la comprensión) es restablecido por (Jesús) el conocimiento de que el YO SOY es el Señor y el Salvador.

Para que la persona pueda transformar su mundo, primero debe echar estos cimientos, o tener esta comprensión. YO SOY el Señor. La persona debe saber que su consciencia de ser es Dios. Hasta que esto esté firmemente establecido, de manera que ninguna sugerencia o argumento de los demás

pueda hacerle flaquear, se encontrará regresando a la esclavitud de su antigua forma de ser. «Si no crees que Yo soy Él, morirás en tus pecados.» A menos que la persona descubra que su consciencia es la causa de todas las expresiones de su vida, continuará buscando la causa de su confusión en el mundo de los efectos, y entonces morirá en su infructífera búsqueda.

«Yo soy la vid y vosotros sois las ramas.» La consciencia es la vida, y aquello que eres consciente de ser es como las ramas a las que alimentas y mantienes vivas. Del mismo modo que la rama no tiene vida si no está adherida a la vid, las cosas no tienen vida si tú no eres consciente de ellas. Así como una rama se marchita y muere si la savia de la vid deja de fluir hacia ella, también las cosas y las cualidades desaparecen si retiras tu atención de ellas; porque tu atención es la savia de vida que sustenta la expresión de tu vida.

*Os he dicho que Yo SOY; por lo tanto,
si me buscáis a mí, dejad que éstos se vayan.*

JUAN 18,8

*En cuanto les dijo «YO SOY»
retrocedieron y cayeron en la tierra.*

JUAN 18,6

¿A QUIÉN BUSCAS?

Hoy en día se dicen tantas cosas sobre los Maestros, los Hermanos Mayores, los Expertos y los iniciados, que numerosos buscadores de la verdad están siendo llevados continuamente a conclusiones erróneas al buscar estas falsas luces. Por un precio, la mayoría de estos pseudo-maestros ofrece a sus alumnos una iniciación a los misterios, prometiéndoles orientación y dirección. La debilidad del ser humano por los líderes, así como su culto a los ídolos, lo convierte en presa fácil para estas escuelas y estos maestros. La mayoría de estos estudiantes tiene buena voluntad y, después de años de espera y sacrificios, acaba descubriendo que estaba siguiendo un espejismo. Sienten que sus escuelas y sus maestros los han decepcionado, y esta desilusión valdrá el esfuerzo y el precio que han pagado por su búsqueda infructuosa. Entonces dejarán de adorar al hombre y, al hacerlo, descubrirán que aquello que buscan no se encuentra en otra persona, porque el Reino del Cielo está en su interior. Darse cuenta de esto será su primera iniciación verdadera. La lección aprendida será ésta: Sólo hay un Maestro y ese Maestro es Dios, el Yo soy, que está dentro de nosotros mismos.

«Yo soy el Señor tu Dios, que te conducirá fuera de la tierra de la oscuridad; fuera de la casa de la esclavitud.» El Yo soy, tu consciencia, es el Señor y el Maestro y, aparte de tu consciencia, no hay ningún Señor ni ningún Maestro. Tú eres el Señor de todo aquello de lo que eres consciente de ser.

Sabes que lo eres, ¿no es verdad? Saber que eres algo es el Señor y el Maestro de aquello que sabes que eres. Podrían aislarte completamente de aquello que eres consciente de ser; sin embargo, a pesar de todas las barreras humanas, podrías atraer hacia ti, sin esfuerzo, todo lo que eres consciente de ser. La persona que es

consciente de ser pobre no necesita la ayuda de nadie para expresar su pobreza. La persona que es consciente de estar enferma, aunque sea aislada en la zona más herméticamente sellada y libre de gérmenes del mundo, expresaría su enfermedad.

No hay ninguna barrera para Dios, porque Dios es tu consciencia de ser. Independientemente de lo que seas consciente de ser, puedes expresarlo sin esfuerzo, y lo haces. Deja de esperar a que llegue un Maestro; él está contigo siempre. «Yo ESTOY contigo siempre, incluso hasta el fin del mundo.»

De vez en cuando sabrás que eres muchas cosas, pero no necesitas ser nada para saber que lo eres. Si lo deseas, puedes desprenderte del cuerpo que tienes; al hacerlo, te darás cuenta de que eres una consciencia sin rostro, sin forma, y que no dependes de tu forma para expresarte. Sabrás que eres y, además, descubrirás que el hecho de saber que eres es Dios, el Padre, que precedió a todo aquello que alguna vez has sabido que eres. Antes de que existiera el mundo, tú eras consciente de existir y, por lo tanto, decías: «Yo SOY». Y el Yo SOY existirá después de que todo aquello que sabes que eres deje de ser.

No existen los Maestros Ascendidos. Acaba con esa superstición. Siempre estarás elevándote de un nivel de consciencia (maestro) a otro, y al hacerlo manifestarás el nivel ascendido, expresando esa consciencia recientemente adquirida.

Dado que la consciencia es el Maestro y el Señor, tú eres el Mago Maestro que hace que se manifieste aquello que ahora eres consciente de ser. «Porque Dios (la consciencia) llama a aquellas cosas que no existen como si existieran.» Las cosas que ahora no existen serán vistas en cuanto seas consciente de ser aquello que ahora no ves.

El elevarte de un nivel de consciencia a otro es la única ascensión que experimentarás jamás. Ninguna persona puede elevarte al nivel que deseas. El poder de ascender está dentro de ti; es tu consciencia. Te apropias de la consciencia del nivel que deseas expresar al declarar que ahora estás expresando ese nivel. Eso es la ascensión. Es ilimitada, porque jamás agotarás tu capacidad de ascender. Dale la espalda a la superstición humana de la ascensión, con su creencia en los maestros, y encuentra al maestro único y eterno que está dentro de ti.

«El que está en ti es mucho más grande que el que está en el mundo.» Cree en esto. No continúes en la ceguera, siguiendo el espejismo de los maestros. Te aseguro que esa búsqueda sólo puede acabar en la decepción.

«Si me niegas (tu consciencia de ser), yo también te negaré a ti.» «No tendrás a ningún otro Dios, excepto a MI.» «Quédate quieto y sabe que Yo SOY Dios.» «Ponedme a prueba, a ver si no os abro las ventanas del Cielo y derramo sobre vosotros una bendición, hasta que ya no haya sitio suficiente para recibirla.»

¿Crees que el Yo *soy* es capaz de hacer eso? Entonces, declara que Yo *soy* aquello que quieres ver derramándose. Afirma que eres aquello que deseas ser y que lo serás. No te lo daré por los maestros, sino que, puesto que tú has reconocido que Yo *soy* (tú) eso, te lo daré, porque Yo *soy* todas las cosas para todos.

Jesús no se permitía ser llamado el Buen Maestro. Él sabía que sólo hay un buen maestro. Sabía que ése es Su Padre en el Cielo: la consciencia de ser. «El Reino de Dios» (el Bien) y el Reino de los Cielos están dentro de ti.

Tu creencia en los maestros es una confesión de tu esclavitud. Sólo los esclavos tienen amos. Cambia tu concepto de ti mismo y, sin la ayuda de maestros ni de ninguna otra persona, transformarás automáticamente tu mundo para que se adapte a tu nueva idea de ti mismo.

En el Libro de los Números se dice que hubo una época en la que los seres humanos se consideraban a sí mismos como saltamontes y, debido a esa idea de sí mismos, vieron gigantes en las tierras. Esto se aplica a las personas de la actualidad como se aplicaba en el día en que fue escrito. El concepto que tiene una persona de sí misma es tan similar al caso de los saltamontes que automáticamente hace que las situaciones que le rodean parezcan gigantescas; en su ceguera, pide a gritos a los maestros que le ayuden a luchar contra sus gigantescos problemas.

Jesús intentó mostrarle a la gente que la salvación estaba en su interior y le advirtió que no buscara a un salvador en los lugares o las personas. Si alguien viene y te dice, «busca aquí o busca ahí», no le creas, porque el Reino de los Cielos está dentro de ti.

Jesús no sólo no permitió que le llamaran el Buen Maestro, sino que advirtió a sus seguidores: «No saludéis a nadie por el camino». Dejó claro que no deberían reconocer a ninguna autoridad o persona superior que no fuera Dios, el Padre.

Jesús estableció la identidad del Padre como la consciencia de ser de la persona. «Mi Padre y yo somos uno, pero mi Padre es más grande que yo.» Yo *soy* uno con todo aquello que soy consciente de ser. Yo *soy* más grande que aquello que soy consciente de ser. El creador es siempre más grande que su creación.

«Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del Hombre.» La serpiente simboliza la idea actual que la persona tiene de sí misma, de ser como una lombriz en la tierra, viviendo en el desierto de la confusión humana. Del mismo modo que Moisés se levantó de su idea de sí mismo de «lombriz de la tierra» para descubrir que Dios era su consciencia de ser, «El Yo *SOY* me ha enviado», también debes levantarte tú. El día que declares, como lo hizo Moisés, «Yo *soy* el que Yo *soy*», ese día tu declaración florecerá en el desierto.

Tu consciencia es el mago maestro que hace aparecer todas las cosas cuando se convierte en aquello que quiere hacer aparecer. Este Señor y Maestro que tú eres

puede hacer que aparezca en tu mundo todo aquello que tú eres consciente de ser, y lo hace.

«Ninguna persona (manifestación) viene a mí si no es atraída por mi Padre, y mi Padre y yo somos uno.» Tú estás continuamente atrayendo hacia ti aquello que eres consciente de ser. Cambia tu idea de ti mismo: haz que deje de ser la de un esclavo para convertirse en la idea de Cristo. No debes avergonzarte de afirmar esto; solamente cuando afirmes «Yo soy Cristo» podrás hacer todas las obras de Cristo.

«Las obras que yo hago, vosotros también las haréis, y más grandes que éstas las haréis, porque yo me voy al Padre.» «Él se hizo igual a Dios y no consideró ninguna usurpación realizar las obras de Dios.» Jesús sabía que cualquier persona que se atreviera a declarar que es Cristo tendría automáticamente la capacidad de expresar las obras de su idea de Cristo. Jesús sabía también que el uso exclusivo de este principio de expresión no le había sido dado sólo a Él. Se refería constantemente a Su Padre en el Cielo. Afirmaba que Sus obras no sólo serían equivalentes, sino que serían superadas por la persona que se atreviera a concebir que era más grande que El (Jesús), que la idea que Él tenía de Sí Mismo.

Al afirmar que Él y Su Padre eran uno, pero que Su Padre era más grande que Él, Jesús revelaba que su consciencia (Padre) era una con aquello que Él era consciente de ser. Descubrió que, como Padre o consciencia, Él era más grande que aquello que Él, como Jesús, era consciente de ser. Tú y tu idea de ti mismo sois uno. Tú eres y siempre serás más grande que cualquier idea que puedas llegar a tener de ti mismo. El hombre no consigue hacer las obras de Jesucristo porque intenta realizarlas desde su nivel de consciencia actual. Jamás trascenderás tus logros actuales a través del sacrificio y el esfuerzo. Tu actual nivel de consciencia sólo será trascendido cuando dejes el estado actual y te eleves a un nivel superior.

Te elevas a un nivel de consciencia superior alejando tu atención de tus limitaciones actuales y colocándola en aquello que deseas ser. No intentes esto soñando despierto o haciéndote ilusiones, sino de una forma positiva. Afirmas que eres la cosa deseada. Yo soy eso; nada de sacrificios, nada de dietas, nada de trucos humanos. Lo único que se te pide es que aceptes tu deseo. Si te atreves a declararlo, lo expresarás.

Medita sobre esto. «No me regocijo en los sacrificios de los hombres. Ni con la fuerza ni con el poder, sino con mi espíritu. Pedid y recibiréis. Venid a comer y beber sin precio.»

Las obras están acabadas. Lo único que necesitas hacer para dejar que estas cualidades se expresen es afirmar: Yo soy eso. Declara que eres aquello que deseas ser y lo serás. Las expresiones siguen a las impresiones; no las preceden. La prueba

de que lo eres seguirá a la afirmación de que lo eres, no la precederá.

«Dejadlo todo y seguidme» es una invitación doble para ti. Primero te invita a alejarte completamente de todos los problemas y, luego, te insta a que sigas caminando en la afirmación de que tú eres aquello que deseas ser. No seas como la esposa de Lot, que mira atrás y se convierte en una estatua de sal o es conservada en el pasado que está muerto. Debes ser como un Lot que no mira atrás, sino que mantiene la vista enfocada en la tierra prometida, en la cosa deseada.

Haz esto y sabrás que has encontrado al maestro, al Mago Maestro, que hace que lo invisible se vuelva visible mediante la orden de «Yo SOY ESO».

Pero ¿quién decís que Soy YO?

MATEO 16,15

¿QUIÉN SOY YO?

«Yo soy el Señor; ése es mi nombre, y no daré mi gloria a otro.» «Yo soy el Señor, el Dios de toda Carne.»

Este Yo soy que está en tu interior, lector, esta percepción, esta consciencia de ser, es el Señor, el Dios de toda Carne. Yo soy es El que debería venir; deja de buscar a otro. Mientras creas en un Dios separado de ti, continuarás transfiriendo el poder de tu expresión a tus ideas, olvidando que tú eres el que las concibe.

El poder de concebir y la cosa concebida son uno, pero el poder de concebir una idea es más grande que la idea. Jesús descubrió esta gloriosa verdad cuando declaró: «Mi Padre y Yo somos uno, pero mi Padre es más grande que yo». El poder que se concibe a sí mismo como un ser humano es más grande que su idea. Todas las ideas son limitaciones de quien las concibe.

«Antes de que existiera Abraham, Yo soy.» «Antes de que existiera el mundo, Yo soy.»

La consciencia precede a toda manifestación y es el puntal sobre el que descansan todas las manifestaciones. Para eliminar la manifestación, lo único que tienes que hacer tú, la persona que la concibió, es alejar tu atención de esa idea. En lugar de «Fuera de la vista, fuera de la mente», en realidad es «Fuera de la mente, fuera de la vista». La manifestación seguirá siendo visible únicamente mientras reciba la fuerza con la que la persona que la concibió (Yo soy) la dotó inicialmente para que la utilizara. Esto se aplica a todas las creaciones, desde el electrón infinitesimalmente pequeño hasta el universo infinitamente inmenso.

Quédate quieto y sabe que Yo soy Dios. Sí, este mismo Yo soy, tu consciencia de ser, es Dios, el único Dios. Yo soy es el Señor, el Dios de toda Carne, toda manifestación.

Esta presencia, tu consciencia no condicionada, no tiene principio ni fin; las limitaciones existen únicamente en la manifestación. Cuando te des cuenta de que esta consciencia es tu yo eterno, sabrás que antes de que existiera Abraham, Yo soy.

Empieza a entender por qué se te dijo: «Ve y haz lo mismo». Empieza a identificarte ahora con esta presencia, esta consciencia, como la única realidad. Todas las manifestaciones sólo existen en apariencia. Tú, como ser humano, no tienes más realidad que aquella que tu yo eterno, el Yo soy, cree que es.

« ¿Quién decís que SOY yo? » Ésta no es una pregunta que se formuló hace dos

mil años. Es la eterna pregunta dirigida a la manifestación por quien la concibe. Es tu verdadero yo, tu consciencia de ser, preguntándote a ti, su actual concepto de sí mismo: « ¿Quién crees que es tu consciencia?» La respuesta sólo puede ser definida dentro de ti, independientemente de la influencia de otra persona.

El Yo soy (tu yo verdadero) no está interesado en la opinión de las personas. Todo su interés reside en tu convicción de ti mismo. ¿Qué dices del Yo soy que está dentro de ti? ¿Puedes responder y decir «Yo soy Cristo»? Tu respuesta o tu grado de comprensión determinará el lugar que ocuparás en la vida. ¿Dices, o crees, que eres una persona de una determinada familia, raza, nación, etc.? ¿Sinceramente crees eso de ti? Entonces la vida, tu yo verdadero, hará que esas ideas aparezcan en tu mundo y las vivirás como si fueran reales.

«Yo soy la puerta.» «Yo soy el camino.» «Yo soy la resurrección y la vida.» «Ningún hombre o manifestación viene a mi Padre si no es a través de mí.»

El Yo soy (tu consciencia) es la única puerta a través de la cual puede entrar algo a tu mundo. Deja de buscar señales. Las señales llegan posteriormente; no preceden. Empieza por invertir la afirmación «Ver es creer», convirtiéndola en «Creer es ver». Empieza a creer ahora, no con una confianza vacilante basada en pruebas externas engañosas, sino con una confianza firme, basada en la ley inmutable de que tú puedes ser aquello que deseas ser. Descubrirás que no eres una víctima del destino, sino una víctima de la fe (la tuya).

Aquello que buscas puede entrar en el mundo de la manifestación solamente a través de una puerta. Yo soy la puerta. Tu consciencia es la puerta, de modo que debes ser consciente de ser y tener aquello que deseas ser y tener. Cualquier intento de realizar tus deseos de otras maneras y no a través de la puerta de la consciencia te convierte en un ladrón para ti mismo. Cualquier expresión que no sea sentida es antinatural. Antes de que aparezca cualquier cosa, Dios, Yo soy, siente que es la cosa deseada, y entonces la cosa deseada aparece. Resucita, se eleva de la nada.

Yo soy rico, pobre, sano, enfermo, libre, confinado: todas éstas son impresiones o estados que fueron sentidos antes de convertirse en expresiones visibles. Tu mundo es tu consciencia materializada. No pierdas el tiempo intentando cambiar lo externo: cambia lo que hay en tu interior (o la impresión), y lo exterior (o la expresión) se ocupará de sí mismo. Cuando comprendas la verdad de esta afirmación, sabrás que has encontrado la palabra perdida o la llave que abre todas las puertas. El Yo soy (tu consciencia) es la palabra mágica perdida que se ha hecho carne en semejanza de aquello que eres consciente de ser.

Yo soy El. Ahora mismo estoy eclipsándote a ti, lector, mi templo viviente, con mi presencia, incitándote a tener una nueva expresión. Tus deseos son mis palabras pronunciadas. Mis palabras son espíritu y son verdad, y no regresarán a mí vacías, sino que realizarán aquello que las envié a hacer. No son algo que deba resolverse. Son las ropas que visto Yo, tu ser sin rostro, sin forma. ¡Fíjate bien! Yo, vestido con tu deseo, estoy ante la puerta (tu consciencia) y llamo. Si oyes mi voz y me abres (me reconoces como tu salvador) vendré a ti y cenaré contigo y tú conmigo.

Cómo exactamente se van a realizar mis palabras, tus deseos, no es asunto tuyo. Mis palabras tienen una forma de hacer las cosas que tú no conoces. Su forma de actuar es algo que no se debe averiguar. Lo único que se requiere de ti es que creas. Cree que tus deseos son las ropas que viste tu salvador. Tu creencia de que ahora eres aquello que deseas ser es una prueba de tu aceptación de los regalos de la vida. Tú has abierto la puerta para que tu Señor, vestido con tu deseo, entre en el momento en que establezcas esta creencia.

Cuando recéis, creed que ya habéis recibido y así será. Todas las cosas son posibles para el que cree. Haz lo imposible posible a través de tu creencia, y lo imposible (para los demás) se encarnará en tu mundo.

Todas las personas han tenido pruebas del poder de la fe. La fe que mueve montañas es la fe en ti mismo. Ninguna persona que carece de confianza en sí misma tiene fe en Dios. Tu fe en Dios se mide por tu confianza en ti mismo. Mi Padre y yo somos uno, el hombre y su Dios son uno, la consciencia y la manifestación son una.

Y Dios dijo: «Haya un firmamento entre las aguas». En medio de todas las dudas y las opiniones cambiantes de los demás, deja que haya convicción, una creencia firme, y verás la tierra firme; aquello que crees aparecerá. La recompensa es para aquel que resiste hasta el final. Una convicción no es una convicción si puede tambalearse. Tu deseo será como nubes sin lluvia, a menos que creas.

Tu consciencia no condicionada o tu Yo soy es la Virgen María que no conoció varón y, sin embargo, sin la ayuda del hombre, concibió y dio a luz a un hijo. María, la consciencia no condicionada, deseó y luego fue consciente de ser el estado condicionado que ella deseaba expresar, y esto se hizo realidad de una forma desconocida para los demás. Haz lo mismo; adopta la consciencia de aquello que deseas ser y tú también darás a luz a tu salvador. Cuando se haga la anunciación, cuando tengas el anhelo o el deseo, debes creer que es la palabra hablada de Dios que está buscando encarnarse a través de ti. No le hables a nadie de esta cosa sagrada que has concebido. Guarda tu secreto dentro de ti y magnifica al Señor, magnifica o cree que tu deseo es tu salvador, que está viniendo para estar contigo.

Cuando esta creencia esté tan firmemente instalada que te sientas seguro de los

resultados, tu deseo se encarnará. Cómo se hará, nadie lo sabe. Yo, tu deseo, tengo maneras de actuar que tú no conoces; mis formas de actuar no se deben averiguar. Tu deseo podría compararse a una semilla, y las semillas contienen en su interior el poder y el plan para su expresión. Tu consciencia es la tierra. Estas semillas se plantan con éxito únicamente si, después de haber declarado que eres y tienes aquello que deseas, esperas con confianza los resultados, sin tener pensamientos angustiosos.

Si me elevo en mi consciencia hasta la naturalidad de mi deseo, atraeré automáticamente la manifestación hacia mí. La consciencia es la puerta a través de la cual se revela la vida. La consciencia siempre se está materializando.

Ser consciente de ser o poseer algo es ser o tener aquello que eres consciente de ser o poseer. Por lo tanto, elévate a la consciencia de tu deseo y, automáticamente, verás que se manifiesta.

Para hacerlo, debes negar tu identidad actual. «Deja que se niegue a sí mismo.» Niegas una cosa al retirar tu atención de ella. Para que una cosa, un problema o el ego salga de la consciencia, piensa en Dios, siendo Dios el Yo SOY.

Quédate quieto y sabe que Yo SOY Dios. Cree, siente, que Yo SOY; sabe que el que conoce dentro de ti, tu consciencia de ser, es Dios. Cierra los ojos y siente que no tienes rostro, no tienes forma y no tienes figura. Enfoca esta quietud como si fuera la cosa más fácil de lograr en este mundo. Esta actitud te garantizará el éxito.

Cuando todos los pensamientos sobre el problema o sobre ti mismo sean alejados de la consciencia porque ahora estás absorto o perdido en el sentimiento de simplemente ser Yo SOY, entonces, en ese estado informe, empieza a sentir que eres aquello que deseas ser: «Yo SOY lo que Yo SOY».

En el momento en que alcanzas un cierto grado de intensidad, de modo que realmente puedes sentir que eres una idea nueva, este nuevo sentimiento o consciencia se establece y se manifestará a su debido tiempo en el mundo de la forma. Esta nueva percepción se expresará con la misma naturalidad con que ahora tú expresas tu identidad actual. Para expresar las cualidades de una consciencia con naturalidad, debes morar o vivir en dicha consciencia. Aprópiate de ella llegando a ser uno con ella. Sentir algo intensamente, y luego quedarte con la confianza de que así es, hace que aquello que has sentido aparezca en tu mundo. «Yo estaré en mi puesto de guardia y veré la salvación del Señor.» Me mantendré firme en mi sentimiento, convencido de que es así, y veré aparecer mi deseo.

«Una persona no puede recibir nada (ninguna cosa) si no le es dada desde el Cielo.» Recuerda que el Cielo es tu consciencia; el Reino de los Cielos está dentro de ti. Éste es el motivo por el cual se te advierte que no debes llamar Padre a cualquier

hombre; tu consciencia es el Padre de todo lo que eres. Una vez más, se te dice: «No saludéis a nadie por el camino». No veas a ninguna persona como una autoridad. ¿Por qué habrías de pedir permiso a alguien para expresarte, cuando sabes que tu mundo, en todos sus detalles, se originó dentro de ti y es sostenido por ti como el único centro de ideas?

Todo tu mundo podría compararse a un espacio solidificado que refleja las creencias y las aceptaciones tal como son proyectadas por una presencia informe, sin rostro: es decir, el Yo *soy*. Si reduces todo a sus sustancias primordiales, sólo quedarás tú, una presencia sin dimensión, que concibe.

El que concibe es una ley aparte. Las ideas bajo esa ley no deben ser medidas por los logros del pasado ni modificadas por las capacidades del presente porque, sin tomar el pensamiento, la idea se expresa de una forma desconocida para el hombre.

Entra en tu interior secretamente y apróptate de la nueva consciencia. Siente que eres eso, y las antiguas limitaciones desaparecerán por completo y con tanta facilidad como la nieve en un día caluroso de verano. Ni siquiera recordarás las antiguas limitaciones; nunca formaron parte de esta nueva consciencia. El renacimiento al que se refería Jesús cuando le dijo a Nicodemo: «Debes volver a nacer», no era más que pasar de un estado de consciencia a otro.

«Cualquier cosa que pidáis en mi nombre, yo la haré.» Esto, ciertamente, no significa que debas pedir con palabras, pronunciando con los labios los sonidos «Dios» o «Jesucristo», porque millones de personas han pedido de esa forma sin obtener resultados. Pedir algo en Su nombre es sentir que eres eso. Yo *soy* la presencia sin nombre. Sentir que eres rico es pedir riqueza en Su nombre. El Yo *soy* no está condicionado. No es ni rico ni pobre, ni fuerte ni débil. En otras palabras, en Él no hay griego ni judío, no hay esclavo ni libre, no hay hombre ni mujer. Todas esas cosas son ideas o limitaciones de lo ilimitado y, por lo tanto, nombres de lo que no tiene nombre. Sentir que eres cualquier cosa es pedir al que no tiene nombre, el Yo *soy*, que exprese ese nombre o esa naturaleza. «Pedid lo que queráis en mi nombre apropiándoos de la naturaleza de la cosa deseada y yo os lo daré.»

*Si no creyereis que Yo soy, moriréis
en vuestros pecados.*

JUAN 8,24

Yo soy EL

«Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada se hizo.» Ésta es una frase difícil de aceptar para las personas formadas en los diferentes sistemas de religión ortodoxa, pero ahí está. Todas las cosas, buenas, malas e indiferentes, fueron creadas por Dios. «Dios creó al hombre (manifestación) a su propia imagen, a semejanza de Dios lo creó.» Aparentemente para aumentar esta confusión, se afirma: «Y Dios vio que su creación era buena». ¿Qué vas a hacer respecto a esta aparente anomalía? ¿Cómo va el ser humano a identificar todas las cosas como buenas cuando lo que le enseñan niega este hecho? O la comprensión de Dios es errónea o hay algo que está radicalmente mal en las enseñanzas del ser humano.

«Para el puro, todas las cosas son puras.» Ésta es otra afirmación desconcertante. Todas las personas buenas, las personas puras, las personas santas, son las más prohibicionistas. Une la afirmación anterior a ésta: «No hay ninguna condena en Jesucristo», y tendrás una barrera infranqueable para los autonombres jueces del mundo. Estas afirmaciones no significan nada para los jueces fariseos que cambian y destruyen ciegamente las tinieblas. Ellos continúan creyendo firmemente que están mejorando el mundo. El hombre, al no saber que su mundo es su consciencia individual manifestada, se esfuerza en vano por ajustarse a la opinión de los demás, en lugar de ajustarse a la única opinión existente: esto es, su propio juicio de sí mismo.

Cuando Jesús descubrió que Su consciencia era esta maravillosa ley de autogobierno, declaró: «Y ahora me santifico para que también ellos sean santificados en la verdad». Él sabía que la consciencia es la única realidad, que las cosas manifestadas no son más que diferentes estados de consciencia. Jesús advirtió a sus seguidores que buscaran primero el Reino de los Cielos (ese estado de consciencia

que produciría la cosa deseada) y todas las cosas les serían dadas por añadidura. También afirmó: «Yo soy la verdad». Él sabía que la consciencia de la persona era la verdad o la causa de todo lo que ella veía que era su mundo.

Jesús se dio cuenta de que el mundo estaba hecho a semejanza del hombre. Sabía que el hombre veía que su mundo era como era porque el hombre era lo que era. En pocas palabras, la idea que una persona tiene de sí misma determina lo que ella ve como su mundo.

Todas las cosas están hechas por Dios (la consciencia) y sin Él nada se hace. La creación se juzga como buena y muy buena porque es el retrato perfecto de la consciencia que la produjo. Ser consciente de ser una cosa y luego verte expresando algo distinto a aquello que eres consciente de ser es una violación de la ley del ser; por lo tanto, no sería bueno. La ley del ser nunca se infringe; el ser humano siempre se ve expresando aquello que es consciente de ser. Ya sea bueno, malo o indiferente, es un reflejo perfecto de su idea de sí mismo; es bueno y muy bueno.

No sólo todas las cosas están hechas por Dios, sino que todas las cosas están hechas de Dios. Todas son hijas de Dios. Dios es uno. Las cosas o las divisiones son las proyecciones de ese uno. Puesto que Dios es uno, Él debe ordenarse a sí mismo ser el otro aparente, porque no hay ningún otro. El absoluto no puede contener dentro de sí algo que no es él. Si lo hiciera, entonces no sería el absoluto, el único. Para que las órdenes sean efectivas, deben ser a uno mismo. «Yo soy lo que Yo soy» es la única orden efectiva. «Yo soy el Señor y aparte de mí no hay nadie más.» No puedes ordenar aquello que no es. Como no hay nadie más, debes ordenarte a ti mismo ser aquello que te gustaría que apareciera.

Déjame aclarar lo que quiero decir cuando digo «orden efectiva». No debes repetir como una cotorra la afirmación «Yo soy lo que Yo soy», porque esa repetición vana sería estúpida e infructuosa. Lo que hace que la orden sea efectiva no son las palabras; lo que la hace efectiva es la consciencia de ser eso. Cuando dices «Yo soy», estás declarando que eres. Las palabras *lo que* en la afirmación «Yo soy lo que Yo soy» indican aquello que te gustaría ser. El segundo «Yo soy» en la frase es el grito de victoria.

Todo este drama tiene lugar en el interior, con o sin el uso de palabras. Quédate quieto y sabe que tú eres. Esta quietud se consigue observando al observador. Repite en silencio, pero con sentimiento, «Yo soy, Yo soy», hasta que hayas perdido toda consciencia del mundo y te conozcas sólo como un ser. La consciencia, el saber que eres, es Dios Todopoderoso, el Yo soy. Cuando hayas logrado esto, defínete como aquello que deseas ser, sintiendo que eres lo deseado: Yo soy eso. Esta comprensión de que eres la cosa deseada hará que una emoción recorra todo tu ser. Cuando se

establezca la convicción y realmente creas que eres aquello que deseabas ser, entonces se pronuncia el segundo «Yo soy» como un grito de victoria. Esta revelación mística de Moisés puede verse como tres pasos claros: Yo soy, Yo soy libre, *¡realmente* Yo soy!

No importa cuáles sean las apariencias que hay a tu alrededor. Todas las cosas dejan sitio para el Señor que llega. Yo soy el señor que llega en la apariencia de aquello que soy consciente de ser. Todos los habitantes de la Tierra no pueden detener mi llegada o cuestionar mi autoridad de ser aquello que Yo soy consciente de que Yo soy.

«Yo soy la luz del mundo», cristalizándose en la forma de mi idea de mí mismo. La consciencia es la luz eterna que se cristaliza únicamente a través de tu idea de ti mismo. Cambia tu concepto de ti mismo y automáticamente cambiarás el mundo en el que vives. No intentes cambiar a las personas; ellas sólo son mensajeras que te dicen quién eres. Revalorízate a ti mismo y ellas confirmarán el cambio.

Ahora te darás cuenta de por qué Jesús se santificó en lugar de santificar a los demás, por qué para los puros todas las cosas son puras, por qué en Jesucristo (la consciencia despierta) no hay condena. Despierta del sueño de la condena y demuestra el principio de la vida. Deja de juzgar a los demás y deja también de censurarte a ti mismo.

Escucha la revelación del iluminado: “Yo sé y estoy convencido por el Señor Jesucristo, de que de suyo no hay nada impuro; pero si alguno piensa que alguna cosa es impura, para él es impura” y, una vez más: “Dichoso el que permite algo y no se condena a sí mismo».

Deja de preguntarte si eres digno o no eres digno de declarar que eres aquello que deseas ser. Serás condenado por el mundo únicamente en la medida en que te condenes a ti mismo.

No necesitas solucionar nada. Las obras están acabadas. El principio por el cual todas las cosas se hacen y sin el cual nada se hace es eterno. Tú eres ese principio. Tu consciencia de ser es la ley eterna. Jamás has expresado nada que no fueras consciente de ser y nunca lo harás. Adopta la consciencia de aquello que deseas expresar. Decláralo hasta que se convierta en una manifestación natural. Siéntelo y vive dentro de ese sentimiento hasta que forme parte de tu naturaleza.

He aquí una fórmula sencilla. Retira tu atención de tu idea actual de ti mismo y colócala en tu ideal, el ideal que hasta ahora te había parecido que estaba fuera de tu alcance. Declara que eres tu ideal, no como algo que llegará con el tiempo, sino como lo que eres en el presente inmediato. Haz esto y tu mundo actual de limitaciones se

desintegrará mientras tu nueva afirmación se eleva de sus cenizas como el ave fénix.

«No temáis ni os asustéis ante esta inmensa multitud, porque la batalla no es cosa vuestra, sino de Dios.» No debes luchar contra tu problema; tu problema vivirá únicamente mientras tú seas consciente de él. Retira tu atención de tu problema y de la multitud de razones por las que no puedes conseguir tu ideal. Concentra tu atención enteramente en la cosa deseada.

«Dejadlo todo y seguidme.» Ante los obstáculos aparentemente gigantescos, declara tu libertad. La consciencia de libertad es el Padre de la libertad. Siempre tiene una manera de expresarse que ningún ser humano conoce. «Vosotros no tenéis necesidad de luchar en esta batalla: Deteneos, estaos quietos y ved que la salvación del Señor está con vosotros.»

¡Con vosotros! Esa consciencia particular con la que te identificas es el Señor del acuerdo. Él establecerá, sin ayuda, eso que ha sido acordado en la Tierra. ¿Puedes tú, ante el ejército de motivos por los que una cosa no puede hacerse, llegar tranquilamente a un acuerdo con el Señor de que eso se haga? Ahora que has descubierto que el Señor es tu consciencia de ser, ¿puedes darte cuenta de que se ha ganado la batalla? Por muy cerca que parezca estar el enemigo y por muy amenazador que resulte, ¿puedes seguir teniendo confianza, quedándote tranquilo, sabiendo que la victoria es tuya? Si puedes hacerlo, verás la salvación del Señor.

Recuerda que la recompensa es para el que resiste. Quédate tranquilo. Quedarse tranquilo es tener la profunda convicción de que todo está bien; de que ya está hecho. No importa lo que oigas o veas, permaneces quieto, consciente de que serás victorioso al final. Todas las cosas se consiguen con estos acuerdos, y sin un acuerdo de este tipo no hay nada que se pueda hacer. «Yo soy el que Yo soy.»

En el Apocalipsis está escrito que aparecerá un nuevo Cielo y una nueva Tierra. Cuando se le mostró esta visión a Juan, se le dijo que escribiera: «Está hecho». El Cielo es tu consciencia y la Tierra es su estado solidificado. Por lo tanto, debes aceptar, como lo hizo Juan, que «Está hecho».

Lo único que tenéis que hacer los que buscáis un cambio es elevaros hasta el nivel de aquello que deseáis; sin pensar en la forma de expresión, registra que ya se ha hecho sintiendo la naturalidad de ser eso.

He aquí una analogía que te puede ayudar a ver este misterio. Imagina que entras en un cine justo cuando la película está llegando al final. Lo único que has podido ver de la película ha sido el final feliz. Puesto que querías conocer toda la historia, te quedas para ver la siguiente sesión. En una decepcionante secuencia, el héroe es

acusado con pruebas falsas, todo ello para provocar las lágrimas del público. Pero tú, seguro en tu conocimiento del final, te mantienes tranquilo porque entiendes que, a pesar de la aparente dirección que está tomando la película, el final ya está decidido.

Asimismo, debes ir hasta el final de aquello que buscas: visualiza el final feliz sintiendo conscientemente que expresas y posees aquello que deseas expresar y poseer. Y tú, mediante la fe, puesto que ya conoces el final, tendrás una confianza que nace de ese conocimiento. Ese conocimiento te sostendrá durante el lapso de tiempo necesario para que se desarrolle la película. No pidas ayuda a ninguna persona; siente que «Está hecho», declarando conscientemente que ahora eres aquello que esperas ser.

Hágase tu voluntad y no la mía.

LUCAS 22,42

HÁGASE TU VOLUNTAD

«Hágase tu voluntad y no la mía.» Esta resignación no es un fatalismo ciego; por el contrario, es la toma de consciencia iluminada de que «Yo solo no puedo hacer nada; el Padre que está en mi interior hará el trabajo». Cuando una persona desea algo, intenta hacer que algo que ahora no existe aparezca en el espacio y el tiempo. Con demasiada frecuencia no somos conscientes de lo que en realidad estamos haciendo. Inconscientemente, declaramos que no poseemos la capacidad para expresarnos. Basamos nuestro deseo en la esperanza de adquirir las capacidades necesarias en el futuro. «Yo no soy, pero seré.»

Las personas no se dan cuenta de que la consciencia es el Padre que realiza el trabajo, de modo que intentan expresar aquello que no son conscientes de ser. Estos esfuerzos están condenados al fracaso; sólo el presente se expresa. A menos que yo sea consciente de ser aquello que busco, no lo encontraré. Dios (tu consciencia) es la sustancia y la plenitud de todo. La voluntad de Dios es el reconocimiento de lo que es, no de lo que será. En lugar de ver esta frase como «Hágase tu voluntad», debes verla como «Se hace tu voluntad». Las obras están acabadas.

El principio por el cual todas las cosas se hacen visibles es eterno. «Lo que los ojos no han visto, lo que los oídos no han oído, lo que no ha entrado en los corazones de los hombres, eso preparó Dios para los que le aman.» Cuando un escultor observa una pieza de mármol sin forma, ve, enterrada dentro de esa masa informe, su obra de arte acabada. El escultor, en lugar de hacer su obra maestra, simplemente la revela retirando las partes del mármol que ocultan su idea. Esto mismo es aplicable a ti. En tu consciencia informe está enterrado todo lo que vas a concebir que eres. El reconocimiento de esta verdad te transformará y dejarás de ser un trabajador inexperto que intenta serlo para convertirte en un gran artista que reconoce que lo es.

Tu afirmación de que ahora eres aquello que quieres ser retirará el velo de

oscuridad humana y revelará tu afirmación a la perfección: Yo soy eso. La voluntad de Dios fue expresada en las palabras de la Viuda: «Todo está bien». La voluntad del hombre habría sido: «Todo irá bien». Afirmar que «Me pondré bien» es decir «Estoy enfermo». Dios, el Ahora Eterno, no es imitado mediante las palabras o la repetición vana. Dios encarna continuamente lo que es. Así pues, la resignación de Jesús (que se hizo igual a Dios) estaba dejando de ser un reconocimiento de una carencia (lo cual indica el futuro con «Yo seré») para ser un reconocimiento de la provisión al afirmar «Yo soy eso; ya está hecho; gracias Padre».

Ahora verás la sabiduría que hay en las palabras del profeta cuando afirma: «Deja que el débil diga: "Yo soy fuerte"». (Joel 3,10.) El ser humano, en su ceguera, no seguirá el consejo del profeta; continuará declarando que es débil, pobre, desdichado y todas las otras expresiones indeseables de las que está intentando liberarse al afirmar, ignorantemente, que se liberará de estas características en la expectativa del futuro. Estos pensamientos son un obstáculo para la única ley que podrá liberarlo jamás.

Sólo hay una puerta por la cual puede entrar en tu mundo aquello que buscas. «Yo soy la puerta.» Cuando dices «Yo soy», estás declarando que eres; en primera persona, en tiempo presente; no hay futuro. Saber que Yo soy es ser consciente de ser. La consciencia es la única puerta. A menos que seas consciente de ser aquello que buscas, buscarás en vano.

Si juzgas por las apariencias, continuarás estando esclavizado por la evidencia de tus sentidos. Para romper este hechizo hipnótico de los sentidos, se te dice: «Entra en tu interior y cierra la puerta». La puerta de los sentidos debe estar bien cerrada para que tu nueva afirmación pueda ser honrada. Cerrar la puerta de los sentidos no es tan difícil como parece al principio. Se hace sin esfuerzo.

Es imposible servir a dos maestros al mismo tiempo. El maestro al que el hombre sirve es aquel que es consciente de ser. Yo soy el Señor y el Maestro de aquello que soy consciente de ser. No me supone ningún esfuerzo crear pobreza si soy consciente de ser pobre. Mi sirviente (la pobreza) está obligado a seguirme (la consciencia de pobreza) mientras Yo soy (el Señor) consciente de ser pobre.

En lugar de luchar contra la evidencia de los sentidos, declara que eres aquello que deseas ser. Cuando pones tu atención en esta declaración, las puertas de los sentidos se cierran automáticamente ante tu antiguo maestro (aquello que eras consciente de ser). Cuando te pierdes en el sentimiento de ser (aquello que ahora estás declarando que es verdad acerca de ti), las puertas de los sentidos se vuelven a abrir, revelando que tu mundo es la expresión perfecta de eso que eres consciente de ser.

Sigamos el ejemplo de Jesús, que, como hombre, se dio cuenta de que Él no podía hacer nada por cambiar Su imagen de carencia. Cerró la puerta de Sus sentidos ante Su problema y acudió a Su Padre, Aquel para el que todas las cosas son posibles. Habiendo negado la evidencia de Sus sentidos, Él declaró que era todo lo que, un instante antes, Sus sentidos le habían dicho que no era. Sabiendo que la consciencia expresa su semejanza en la Tierra, Jesús permaneció en la consciencia declarada hasta que se abrieron las puertas (Sus sentidos) y confirmaron el gobierno del Señor. Recuerda: el Yo SOY es el Señor de todas las cosas. Nunca vuelvas a utilizar la voluntad humana que declara: «Yo seré.» Debes ser tan entregado como Jesús y declarar: «Yo SOY eso.»

*Yo soy el primero y el último,
y aparte de mí no hay ningún Dios.*

ISAÍAS 44,6

*Yo soy el Señor, tu Dios, que te ha sacado
de Egipto, de la casa de la esclavitud.
No tendrás otros Dioses aparte de mí.*

DEUT. 5,6 7

NINGÚN OTRO Dios

«No tendrás ningún otro Dios aparte de mí.» Mientras el hombre siga creyendo en un poder separado de él, seguirá impidiéndose ser quien es. Cada creencia en unos poderes separados de él, ya sea para bien o para mal, se convertirá en el molde del ídolo adorado.

Las creencias en el poder de los medicamentos para sanar, de las dietas para fortalecer, del dinero para dar seguridad, son los falsos valores a los ventajistas que deben ser expulsados del Templo. «Tú eres el Templo del Dios Viviente», un Templo hecho sin manos. Está escrito: «Mi casa es llamada casa de oración por todas las naciones, pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones».

Los ladrones que te roban son tus propias creencias falsas. Es tu creencia en una cosa, y no la cosa en sí misma, la que te ayuda. Sólo hay un poder: Yo soy ÉL. Debido a tu creencia en las cosas externas, les das poder al transferirles con tu pensamiento el poder que tú eres. Date cuenta de que tú eres el poder que has adjudicado, equivocadamente, a las condiciones externas. La Biblia compara al hombre dogmático con el camello que no pudo pasar por el ojo de una aguja. El ojo de la aguja al que hacía referencia era una pequeña puerta en los muros de Jerusalén, tan estrecha que un camello no podía pasar por ella hasta que le quitaban su carga. El hombre rico, que es el que lleva la carga de falsas ideas humanas, no puede entrar en el Reino de los Cielos hasta que le quiten la carga, de la misma manera que el camello no podía pasar por la pequeña puerta.

El hombre se siente tan seguro con las leyes, las opiniones y las creencias creadas

por el hombre, que les atribuye una autoridad que no poseen. Satisfecho con la idea de que sus conocimientos lo son todo, sigue sin ser consciente de que todas las apariencias externas no son más que estados mentales exteriorizados. Cuando se dé cuenta de que la consciencia de una cualidad exterioriza dicha cualidad sin la ayuda de ningún otro poder, entonces podrá manifestar infaliblemente esa cualidad. Esta comprensión expulsa a los cambistas, o a los diversos valores, y establece el único valor verdadero: su propia consciencia.

«El Señor está en su templo sagrado.» La consciencia habita dentro de aquello que es consciente de ser. La persona que Yo *soy* es el Señor y su templo. Sabiendo que la consciencia se materializa, el ser humano debe perdonar a todas las personas por ser lo que son. Debe darse cuenta de que todas ellas están expresando (sin la ayuda de otros) aquello que son conscientes de ser. Pedro, el hombre iluminado o disciplinado, sabía que un cambio de la consciencia produce un cambio de la expresión. En lugar de compadecer a los mendigos de la vida en la puerta del templo declaró: «No tengo ni plata ni oro (para ti), pero lo que tengo (la consciencia de libertad), eso te doy».

«Reaviva el don que está dentro de ti.» Deja de rogar y afirma ser aquello que has decidido ser. Hazlo y tú también saldrás de un salto de tu mundo lisiado y entrarás en el mundo de la libertad, cantando alabanzas al Señor, Yo *soy*. «Mucho más grande es el que está en ti que el que está en el mundo.» Este es el grito de todo aquel que descubre que su consciencia de ser es Dios. Tu reconocimiento de este hecho limpiará automáticamente tu templo, tu consciencia, de ladrones y asaltantes, devolviéndote ese dominio sobre las cosas que perdiste en el momento en que olvidaste la orden: «No tendrás ningún otro Dios, aparte de Mí. »

*Que cada uno mire cómo construye.
Porque nadie puede poner otro cimiento
que el que está ya puesto, que es Jesucristo.
Y si el hombre construye sobre este cimiento con oro,
plata, piedras preciosas, maderas, caña o paja,
el trabajo de cada cual quedará al descubierto.
1 Cor. 3,10 11, 12, 13*

LA PIEDRA ANGULAR

La base de toda expresión es la consciencia. Por mucho que la persona lo intente, no podrá hallar una causa de la manifestación que no sea su consciencia de ser. El ser humano cree que ha encontrado la causa de la enfermedad en los gérmenes, la causa de la guerra en las ideologías políticas opuestas y en la codicia. Todos esos descubrimientos del hombre, catalogados como la esencia de la sabiduría, son tonterías a los ojos de Dios. Sólo hay un poder y ese poder es Dios (la consciencia). Mata; da vida; hierre; sana; hace todas las cosas, buenas, malas o indiferentes.

El ser humano se mueve en un mundo que no es ni más ni menos que su consciencia materializada. Dado que no sabe esto, lucha contra sus reflejos mientras mantiene viva la luz y las imágenes que proyectan esos reflejos. «Yo soy la luz del mundo.» El Yo soy (la consciencia) es la luz. Aquello que soy consciente de ser (mi idea de mí mismo) -«yo soy rico», «yo estoy sano», «yo soy libre»- son las imágenes. El mundo es el espejo que magnifica todo lo que Yo soy consciente de ser.

Deja de intentar cambiar el mundo, porque no es más que un espejo. El intento del ser humano de cambiar el mundo por la fuerza es tan infructuoso como romper un espejo con la esperanza de cambiar el rostro. Deja el espejo y cambia tu rostro. Deja en paz al mundo y cambia tus ideas sobre ti mismo. Entonces, el reflejo será satisfactorio.

Libertad o encarcelamiento, satisfacción o frustración, sólo pueden ser diferenciados por la consciencia de ser. Independientemente de cuál sea tu problema, de su duración o su magnitud, una cuidadosa atención a estas instrucciones, en un período asombrosamente corto, eliminará incluso tu recuerdo del problema. Hazte esta pregunta: « ¿Cómo me sentiría si fuera libre?» En cuanto te hagas sinceramente esta pregunta, llegará la respuesta. Ninguna persona puede describirle a otra la satisfacción de que se haya realizado su deseo. Cada una debe experimentar en su interior el sentimiento y la alegría de este cambio automático de la consciencia. El sentimiento o la emoción que le llega a uno en respuesta a su pregunta es el estado de consciencia Padre, o la Piedra Angular sobre la que se construye este cambio consciente. Nadie sabe exactamente cómo se va a encarnar ese sentimiento, pero lo hará; el Padre (la consciencia) tiene maneras de actuar que nadie conoce; es la ley inalterable.

Todas las cosas expresan su naturaleza. Cuando vistes un sentimiento, éste se convierte en tu naturaleza. Puede tardar un instante o un año; eso depende enteramente del grado de convicción. Cuando las dudas desaparecen y puedes sentir «Yo soy esto», empiezas a desarrollar el fruto o la naturaleza de aquello que sientes que eres. Cuando una persona se compra un sombrero nuevo o un par de zapatos, cree que todo el mundo sabe que son nuevos, y se siente poco natural con este artículo recién adquirido hasta que lo siente como parte de ella. Y esto mismo es aplicable al hecho de vestir nuevos estados de consciencia. Cuando te haces la pregunta « ¿Cómo me sentiría si mi deseo estuviera realizado en este momento?», la respuesta automática, hasta que esté adecuadamente condicionada por el tiempo y el uso, en realidad es perturbadora. El período de adaptación para realizar este potencial de la consciencia es comparable a la novedad de la prenda de vestir. Al no saber que la consciencia está representándose en las condiciones que hay a tu alrededor, tú, como la esposa de Lot, miras atrás continuamente, viendo tu problema y dejándote hipnotizar otra vez por su aparente naturalidad.

Haz caso a las palabras de Jesús (la salvación): «Déjalo todo y sígueme». «Dejad que los muertos entierren a los muertos.» Tu problema podría tenerte tan hipnotizado por su aparente realidad y naturalidad, que te resulta difícil vestir el nuevo sentimiento o la consciencia de tu salvador. Debes asumir este traje si quieres tener resultados.

La piedra (la consciencia) que los constructores rechazaron (no quisieron vestir) es la piedra fundamental, y el ser humano no puede colocar otros cimientos.

*Mirad bien cómo escucháis,
porque al que tiene se le dará,
y al que no tiene se le quitará
incluso lo que parece tener.*

LUCAS 8,18

AL QUE TIENE

La Biblia, que es el libro psicológico más magnífico que se ha escrito jamás, advierte al ser humano de que sea consciente de lo que escucha y luego continúa con esta advertencia: «Al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará». Aunque muchos ven esta declaración como la más cruel e injusta de las frases atribuidas a Jesús, aún así, sigue siendo una ley justa y compasiva basada en el principio de expresión inmutable de la vida.

La ignorancia de la persona sobre el funcionamiento de la ley no la excusa ni le salva de sus resultados. La ley es impersonal y, por lo tanto, no hace diferencias entre las personas. Se le advierte al hombre que sea selectivo en aquello que escucha y acepta como verdad. Todo lo que una persona acepta como verdad deja una impresión en su consciencia y, con el tiempo, se definirá como algo cierto o falso. El oído perceptivo es el medio perfecto con el que el ser humano registra las impresiones. La persona debe disciplinarse para oír únicamente lo que quiere oír, independientemente de los rumores o la percepción de sus sentidos. Cuando acondicione su oído perceptivo, sólo reaccionará a las impresiones por las que se ha decidido. Esta ley nunca falla. Al estar completamente condicionada, la persona se vuelve incapaz de oír cualquier cosa que no sea aquello que contribuye a su deseo.

Dios, como has descubierto, es esa percepción no condicionada que te da todo lo que eres consciente de ser. Ser consciente de ser o tener algo es ser o tener aquello que eres consciente de ser. Todas las cosas descansan sobre este principio inmutable. Es imposible que algo sea distinto a aquello que es consciente de ser.

«Al que tiene (aquello que es consciente de ser) se le dará.» Bueno, malo o indiferente, no importa: la persona recibe aquello que es consciente de ser, multiplicado por cien. De acuerdo con esta ley inmutable de que «Al que no tiene, se le quitará, y se le dará al que tiene», los ricos se hacen más ricos y los pobres se

vuelven más pobres. Sólo puedes aumentar aquello que eres consciente de ser.

Todas las cosas gravitan hacia la consciencia con la que están en armonía. Asimismo, las cosas se separan de la consciencia con la que no armonizan. Reparte la riqueza del mundo de forma equitativa entre todas las personas y, al poco tiempo, esa división equitativa estará tan desproporcionada como originalmente. La riqueza encontrará la manera de regresar a los bolsillos de aquellos a los que les fue quitada. En lugar de unirse al coro de los «no tengo», que insisten en destruir a los que sí tienen, reconoce esta ley inmutable de expresión. Defínete conscientemente como aquello que deseas.

Una vez definido, una vez establecida tu declaración consciente, continúa con esta confianza hasta que recibas la recompensa. Con la misma seguridad con que el día sigue a la noche, cualquier atributo, declarado conscientemente, se manifestará. Así pues, eso que para el mundo ortodoxo durmiente es una ley cruel e injusta se convierte, para el iluminado, en una de las más compasivas y justas afirmaciones de la verdad.

«No vengo a destruir, sino a cumplir.» En realidad, nada se destruye. Cualquier destrucción aparente es el resultado de un cambio en la consciencia. La consciencia siempre realiza el estado en el que mora. El estado del que la consciencia está separada parece destructivo para aquellos que no están familiarizados con esta ley. No obstante, esto sólo es una preparación para el nuevo estado de consciencia.

Afirma que eres aquello que quieres que se cumpla. Nada se destruye. Todo se cumple. «Al que tiene, se le dará.»

*Yo soy la Resurrección y la Vida. El que crea
en mí, aunque muera, vivirá.
JUAN 11,25*

CRUCIFIXIÓN Y RESURRECCIÓN

El misterio de la crucifixión y la resurrección está tan entretelado que, para que pueda ser comprendido plenamente, ambas cosas deben explicarse juntas, porque una determina la otra. Este misterio está simbolizado en la Tierra en los rituales del Viernes Santo y la Pascua. Habrás observado que el aniversario de este acontecimiento cósmico, anunciado cada año por la Iglesia, no tiene fecha fija, como otros los que señalan nacimientos y muertes, sino que cambia cada año, cayendo en cualquier fecha entre el 22 de marzo y el 25 de abril.

El domingo de Resurrección es el siguiente a la primera luna llena de primavera del hemisferio norte, y Viernes Santo el viernes que lo precede. La movilidad de esta fecha debería indicar a la persona observadora que debe buscar alguna interpretación distinta de la comúnmente aceptada. Esos días no marcan el aniversario de la muerte y la resurrección de una persona que vivió en la Tierra.

Visto desde la Tierra, el Sol, en su paso por el norte, aparece en la estación anual de la primavera para atravesar esa línea imaginaria que se llama Ecuador. Por eso dice el místico que será cruzado o crucificado para que el hombre pueda vivir. Es significativo que poco después de que tenga lugar este acontecimiento, toda la naturaleza empiece a surgir o a resucitar de su largo sueño invernal. Por lo tanto, se podría concluir que esta alteración de la naturaleza, en esta estación del año, se debe directamente a este cruce. Así pues, se cree que el Sol debe derramar su sangre en la Pascua de los judíos.

Si estos días marcaran la muerte y la resurrección de un hombre, serían fijos, para que cayeran en las mismas fechas todos los años, como la mayor parte de los hechos históricos. Pero, obviamente, ese no es el caso. Estas fechas no pretendían señalar los aniversarios de la muerte y la resurrección de Jesús, el hombre. Las escrituras son dramas psicológicos y revelarán su significado únicamente cuando son interpretadas psicológicamente. Estas fechas se han ajustado para hacerlas coincidir con el cambio cósmico que tiene lugar en esta época del año, señalando la muerte del viejo año y el inicio o la resurrección de un nuevo año, o de la primavera. Estas fechas sí simbolizan la muerte y la resurrección del Señor; pero ese Señor no es un hombre: es tu consciencia de ser. Está escrito que Él dio Su Vida para que tú puedas vivir: «Yo he venido para que vosotros tengáis la vida y para que podáis tenerla en más abundancia». La consciencia se mata a sí misma al separarse de aquello que es consciente de ser, para que pueda vivir siendo aquello que desea ser.

La primavera es la época del año en que millones de semillas, que han estado enterradas en la tierra durante todo el invierno, brotan repentinamente, haciéndose visibles para que el ser humano pueda vivir. Y puesto que el drama místico de la crucifixión y la resurrección está en la naturaleza de este cambio anual, se celebra en esta estación del año, en la primavera, aunque en realidad está teniendo lugar en cada momento del tiempo. El ser que es crucificado es tu consciencia de ser. La cruz es tu idea de ti mismo. La resurrección es la elevación de la idea de ti mismo, que se hace visible.

Lejos de ser un día de luto, el Viernes Santo debería ser un día de regocijo, porque no puede haber resurrección o expresión a menos que haya primero una crucifixión o impresión. La cosa que ha de resucitar en tu caso es aquello que deseas ser. Para hacer esto, debes sentir que eres lo que deseas ser. Debes sentir «Yo soy la resurrección y la vida del deseo». El Yo soy (tu consciencia de ser) es el poder que resucita y da vida a aquello que, en tu consciencia, deseas ser.

«Si dos de vosotros se ponen de acuerdo, eso se establecerá en la Tierra.» Los dos que se ponen de acuerdo son la cosa deseada y tú (tu consciencia - la consciencia que desea). Cuando se llega a este acuerdo, se completa la crucifixión; dos se han cruzado o crucificado. El Yo soy y eso (la consciencia y aquello que eres consciente de ser) se han unido y son uno. El Yo soy, ahora clavado o fijado en la creencia de que Yo soy es fusión. Jesús, o el Yo soy, está clavado en la cruz de eso. El clavo que te une a la cruz es el clavo del sentimiento. La unión mística ahora se ha

consumado y el resultado será el nacimiento de un hijo, o la resurrección de un hijo que da fe de su Padre. La consciencia está unida a aquello que es consciente de ser. El mundo de la expresión es el hijo que confirma esta unión. El día que dejes de ser consciente de ser eso que ahora eres consciente de ser, ese día tu hijo, o expresión, morirá y regresará al seno de su padre, la conciencia sin rostro, sin forma.

Todas las expresiones son el resultado de estas uniones místicas. De modo que los sacerdotes están en lo cierto cuando dicen que los verdaderos matrimonios se hacen en el Cielo y sólo pueden ser disueltos en el Cielo. Pero déjame que aclare esta afirmación diciéndote que el Cielo no es un lugar; es un estado de consciencia. El Reino de los Cielos está dentro de ti. En el Cielo (la conciencia), Dios es tocado por aquello que es consciente de ser. « ¿Quién me ha tocado? Porque he sentido que de mí ha salido la virtud.» En el momento en que ocurre este tocar (sentimiento), hay un hijo o un «salir de mí» hacia la visibilidad que tiene lugar.

El día en que el ser humano siente «Yo soy libre», «Yo soy rico», «Yo soy fuerte», Dios (el Yo soy) es tocado o crucificado por esas cualidades o virtudes. Los resultados de ese tocar o crucificar se verán en el nacimiento o la resurrección de las cualidades sentidas, porque la persona debe tener una confirmación visible de todo lo que es consciente de ser. Ahora sabrás por qué el ser humano o la manifestación siempre están hechos a imagen de Dios. Tu percepción imagina y expresa en lo físico todo lo que eres consciente de ser.

«Yo SOY el Señor, y aparte de mí no hay ningún otro Dios.» Yo soy la Resurrección y la Vida. Te fijarás en la creencia de que eres aquello que deseas ser. Antes de tener cualquier prueba visible de que lo eres, desde la profunda convicción que has sentido que se fijaba dentro de ti, sabrás que lo eres. Y entonces, sin esperar a la confirmación de tus sentidos, gritarás: «Está terminado». Luego, con una fe nacida del conocimiento de esta ley inmutable, serás como alguien muerto y enterrado; te quedarás quieto y no te moverás en tu convicción y tendrás confianza en que resucitarás las cualidades que has fijado y que estás sintiendo dentro de ti.

*Y como llevamos la imagen del terrestre,
llevaremos también la imagen del celeste.*

I COR. 15,49

LAS IMPRESIONES

Tu consciencia o tu Yo soy es el potencial ilimitado donde se forjan las impresiones. Las impresiones son estados definidos impresos en tu Yo SOY.

Tu consciencia o tu Yo soy podrían compararse a una película sensible. En estado virgen, es potencialmente ilimitada. Puedes impresionar o grabar un mensaje de amor o un himno de odio, una maravillosa sinfonía o una pieza de jazz discordante. No importa cuál pueda ser la naturaleza de la impresión; tu Yo soy recibirá y confirmará de buena gana, sin decir un murmullo, todas las impresiones.

A la consciencia se hace referencia en Isaías 53,3 7.

«Despreciado, deshecho de la humanidad, hombre de dolores, avezado al sufrimiento, como uno ante el cual se oculta el rostro, era despreciado y no era estimado.»

«Con todo, eran nuestros sufrimientos los que llevaba, cargaba con nuestros dolores, mientras nosotros le creíamos azotado, herido por Dios y humillado.»

«Pero estaba herido por nuestras trasgresiones, golpeado por nuestras iniquidades: el castigo, precio de nuestra paz, caía sobre él, y a causa de sus llagas hemos sido curados.»

«Todos nosotros, como ovejas, nos hemos descarriado; cada cual sigue su propio camino. Y el Señor ha hecho recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros.»

«Era oprimido y maltratado, y sin embargo, no abría su boca; como un

cordero que es llevado al matadero y como una oveja ante sus esquiladores, no abría la boca.»

Tu consciencia no condicionada es impersonal; no hace distinciones entre las personas. Sin pensamiento ni esfuerzo, expresa automáticamente cada impresión que es grabada en ella. No pone objeciones a ninguna impresión que es colocada sobre ella porque, aunque es capaz de recibir y expresar cualquier estado definido, sigue siendo eternamente un potencial immaculado e ilimitado.

Tu Yo *SOY* es la base sobre la que descansa el estado definido o la idea de ti mismo; pero no está definido por, ni depende de, esos estados definidos para su existencia. Tu Yo *SOY* ni se expande ni se contrae; nada lo modifica ni lo acrecienta. Antes de que existiera cualquier estado definido, *ESO* es. Cuando todo deje de existir, *ESO* es. Todos los estados o ideas definidos de ti mismo no son más que expresiones efímeras de tu ser eterno.

N. de la T.: Se trata de un juego de palabras. «Impresionado, en inglés «impressed». Aquí el autor lo desglosa en dos partes: «I'm», que significa Yo *SOY*, y «pressed», que significa «presionado».

Ser impresionado es ser *I'm-pressed**(Yo *SOY* presionado-primera persona-tiempo presente). Todas las expresiones son el resultado de impresiones. Sólo cuando declares que eres aquello que deseas ser, expresarás esos deseos. Deja que todos los deseos se conviertan en impresiones de cualidades que ya son, no que serán. El Yo *SOY* (tu consciencia) es Dios, y Dios es la plenitud de todo, el *AHORA* Eterno, Yo *SOY*.

No tengas ningún pensamiento sobre el mañana; las expresiones del mañana están determinadas por las impresiones de hoy. «Ahora es el momento aceptado. El Reino de los Cielos está cerca.» Jesús (la salvación) dijo: «Yo estoy con vosotros siempre». Tu consciencia es el salvador que está contigo siempre; pero si lo niegas, El también te negará. Lo niegas al afirmar que Él aparecerá, como los millones de personas que están afirmando hoy que la salvación llegará: eso equivale a decir: «No estamos salvados». Debes dejar de desear que aparezca tu salvador y empezar a afirmar que ya estás salvado, y las señales de tus afirmaciones vendrán a continuación.

Cuando le preguntaron a la viuda qué tenía en su casa, hubo un reconocimiento de la sustancia: ella declaró que tenía unas gotas de aceite. Unas

gotas de aceite se convertirán en un pozo surtido si son declaradas adecuadamente. Tu consciencia magnifica todas las conciencias. Afirmar que tendré aceite (alegría) es confesar que tengo los depósitos vacíos. Estas impresiones de escasez producen escasez. Dios, tu consciencia, no hace distinciones entre las personas. Dios, esa consciencia de toda existencia, que es pura mente impersonal, recibe impresiones, cualidades y atributos que definen la consciencia; es decir, tus impresiones.

Todos tus deseos deberían estar determinados por la necesidad. Las necesidades, ya sean aparentes o reales, serán satisfechas automáticamente si son bienvenidas con la suficiente intensidad de propósito como los deseos claros. Sabiendo que tu consciencia es Dios, deberías ver cada deseo como la palabra pronunciada de Dios, que te dice lo que es. «Dejad de confiar en el hombre, cuyo aliento está en su nariz, porque, ¿de qué es él estimado?» Somos siempre aquello que está definido por nuestra percepción. Jamás afirmes: «Yo seré eso». A partir de ahora, todas las afirmaciones deben ser: «Yo soy lo que Yo soy». Antes de pedir se nos responde. La solución a cualquier problema asociado con el deseo es obvia. Todos los problemas producen automáticamente el deseo de una solución.

El ser humano es educado en la creencia de que sus deseos son cosas contra las cuales debe luchar. En su ignorancia, él niega a su salvador, que está continuamente llamando a la puerta de la consciencia para que le deje entrar (Yo soy la puerta). Si tu deseo se realizara, ¿no te salvaría de tu problema? Dejar entrar a tu salvador es la cosa más fácil del mundo. Las cosas deben ser, para que las puedas dejar entrar. Tú eres consciente de un deseo; el deseo es algo de lo que eres consciente ahora. Tu deseo, aunque es invisible, debe ser afirmado por ti para que sea algo real. «Dios llama a la existencia a las cosas que no existen (que no se ven).»

Al afirmar que Yo SOY la cosa deseada, dejas entrar al salvador. «Yo estoy ante la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo.» Cada deseo es la llamada a la puerta del salvador. Esta llamada es oída por todos. La persona abre la puerta cuando afirma «Yo soy él». Asegúrate de dejar entrar a tu salvador. Deja que la cosa deseada se presione sobre ti hasta que estés impresionado con la actualidad de tu salvador; luego, pronuncia el grito de victoria: «Está terminado».

*En él también fuisteis circuncidados
con una circuncisión hecha no por la mano del hombre,
sino con la circuncisión de Cristo,
que consiste en despojar al cuerpo de los pecados de la carne.*
Col. 2,11

LA CIRCUNCISIÓN

La circuncisión es la operación que retira el velo que oculta la cabeza de la creación. El acto físico no tiene nada que ver con el acto espiritual. El mundo entero podría ser circuncidado físicamente y, sin embargo, seguir siendo impuro y siendo el guía ciego de los ciegos. A los que son circuncidados espiritualmente se les ha retirado el mal de la oscuridad y saben que son Cristo, la luz del mundo.

Ahora déjame que te practique a ti, lector, la operación espiritual. Este acto se realiza en el octavo día después del nacimiento, no porque ese día tenga algún significado especial, o porque difiera de alguna manera de los demás días, sino porque el ocho es la figura que no tiene principio ni fin. Además los antiguos simbolizaban el octavo número o la octava letra como un envoltorio o velo dentro y detrás del cual se encontraba enterrado el misterio de la creación. Así pues, el secreto de la operación en el octavo día, está de acuerdo con la naturaleza del acto, que es revelar la cabeza eterna de la creación, ese algo inmutable en el que todas las cosas comienzan y acaban y que, sin embargo, sigue siendo su ser eterno cuando todas las cosas dejan de existir. Este algo misterioso es tu consciencia de ser.

En este momento, eres consciente de existir, pero también eres consciente de ser alguien. Ese alguien es el velo que oculta al ser que eres realmente. Primero eres consciente de existir, luego eres consciente de ser una persona. Después de que el velo de persona sea colocado sobre tu ser sin rostro, tomas consciencia de ser miembro de una determinada raza, nación, familia, credo, etc. El velo que debe ser levantado en la circuncisión espiritual es el velo de la persona. Pero para que esto

pueda hacerse, primero debes cortar las adhesiones de raza, nación, familia, etc. «En Cristo no hay griego ni judío, no hay esclavo ni libre, no hay hombre ni mujer.»* «Debes dejar a tu padre, a tu madre, a tu hermano y seguirme.» Para hacer esto, tienes que dejar de identificarte con estas divisiones y ser indiferente a ese tipo de afirmaciones. La indiferencia es el cuchillo que corta. El sentimiento es el lazo que une. Cuando puedas ver a la humanidad como una grandiosa hermandad, sin distinciones de raza o credo, entonces sabrás que has cortado esas adhesiones. Una vez cortados esos lazos, lo único que ahora te separa de tu verdadero ser es tu creencia de que eres una persona.

Para retirar este último velo, debes abandonar tu idea de que eres una persona, sabiendo que simplemente existes. En lugar de la consciencia de «Yo soy una persona», deja que esté simplemente el «Yo soy»: sin rostro, sin forma y sin figura. Eres circuncidado espiritualmente cuando abandonas la consciencia de ser humano y tu consciencia no condicionada de ser le es revelada como la cabeza eterna de la creación, una presencia sin forma, sin rostro, que todo lo sabe. Entonces, sin velo y despierto, declararás y sabrás que Yo soy Dios y, aparte de mí, esta consciencia, no hay ningún Dios.

Este misterio se cuenta simbólicamente en la historia de la Biblia en la que Jesús lava los pies de sus discípulos. Está escrito que Jesús dejó de lado su ropa y agarró una toalla y se envolvió con ella. Luego, después de lavar los pies de los discípulos, los secó con la toalla con la que estaba envuelto. Pedro protestó porque no quería que le lavaran los pies y se le dijo que si sus pies no eran lavados, no tendría parte con Jesús. Pedro, al oír esto, replicó: «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le respondió diciendo: « El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, pues está completamente limpio».

El sentido común le diría al lector que una persona no tiene todo el cuerpo limpio por el mero hecho de que le laven los pies. Por lo tanto, o bien debería descartar esta historia ser fantasiosa, o bien buscar su significado oculto. Todas las historias de la Biblia son un drama psicológico que tiene lugar en la consciencia del hombre, y ésta no es una excepción. Este lavado de los pies de los discípulos es la historia mística de la circuncisión espiritual o la revelación de los secretos del Señor.

Jesús es llamado «el Señor». Te han dicho que el nombre del Señor es Yo soy - Je Suis. «Yo soy el Señor, ése es mi nombre», (Isaías 42,8.) La historia cuenta que Jesús estaba desnudo, salvo por una toalla que cubría sus partes o secretos. Jesús o el Señor simboliza tu consciencia de ser, cuyos secretos oculta la toalla (la consciencia de la persona). El pie simboliza la comprensión, que el Señor debe lavar para eliminar

todas las creencias o ideas humanas sobre uno mismo. Cuando la toalla es retirada para secar los pies, los secretos del Señor son revelados. En pocas palabras, el hecho de retirar la creencia de que eres una persona deja ver que tu consciencia es la cabeza de la creación. La persona es el prepucio que oculta la cabeza de la creación. Yo soy el Señor que el velo de la persona oculta.

*No estéis angustiados. Creed en Dios, creed también en mí.
 En la casa de mi Padre hay muchas moradas;
 si no fuera así, os lo habría dicho.
 Voy a prepararos un sitio. Y cuando me vaya
 y os haya preparado el sitio, volveré
 y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy,
 estéis también vosotros.*
 .JUAN 14,1-3

UN LAPSO DE TIEMPO

«No estéis angustiados. Creed en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un sitio. Volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis vosotros también.»

El Mí en el que debes creer es tu consciencia, el Yo soy: es Dios. Es también la casa del Padre que contiene en su interior todos los estados de consciencia imaginables. Cada estado de consciencia condicionado es llamado «mi morada».

Esta conversación tiene lugar dentro de ti. Tu Yo soy, la consciencia no condicionada, es el Jesucristo que le habla al Yo condicionado, la consciencia de Juan Pérez. «Yo soy Juan», desde el punto de vista místico, es dos seres; es decir, Cristo y Juan. De modo que voy a preparar un lugar para ti, pasando de actual estado de consciencia al estado deseado. Es una promesa que le hace tu Cristo, o tu consciencia de ser, a tu idea actual de ti mismo, para que abandones tu consciencia actual y te apropias de otra.

El hombre es tan esclavo del tiempo que, si después de haberse apropiado de un estado de consciencia que actualmente no es visto por el mundo, y si el estado del que se ha apropiado no se encarna inmediatamente, pierde la fe en su declaración invisible. Sin dilación, la abandona y vuelve a su anterior estado de ser estático. Debido a esta limitación del ser humano, he descubierto que resulta muy útil emplear un lapso de tiempo determinado para realizar este viaje a la morada preparada.

«Espera sólo un poco.»

Todos hemos clasificado los diferentes días de la semana, los meses del año y las estaciones. Con esto quiero decir que tú y yo hemos dicho, una y otra vez: «Hoy parece domingo», o «lunes», o «sábado». También hemos dicho en medio del verano: «Parece que fuera otoño». Esta es una prueba positiva de que tú y yo tenemos unos sentimientos claros asociados a estos diferentes días, meses y estaciones del año. Debido a estas asociaciones, podemos mantenernos conscientemente, en cualquier momento, en el día o la estación que hayamos elegido. No definas egoístamente este

lapso en días y horas porque estés ansioso por recibir lo deseado. Simplemente debes mantenerte en la convicción de que ya está hecho (puesto que el tiempo es puramente relativo, debería ser eliminado por completo) y de que tu deseo se realizará.

Esta capacidad de permanecer en cualquier momento en el tiempo nos permite emplear el tiempo en nuestro viaje hacia la mansión deseada. Ahora yo (la consciencia) voy a un momento en el tiempo y, ahí, preparo el lugar. Si voy a ese momento en el tiempo y preparo un lugar, regresaré a este momento del tiempo del que he salido, y te recogeré y te llevaré conmigo a ese lugar que he preparado, para que donde Yo soy, tú también puedas ser.

Permíteme que te dé un ejemplo de este viaje. Supón que tienes un intenso deseo. Como la mayoría de la gente que está esclavizada por el tiempo, es posible que sientas que no podrás realizar un deseo tan grande en un lapso de tiempo limitado. Pero si reconoces que todas las cosas son posibles para Dios, si crees que Dios es el yo que está dentro de ti, o tu consciencia de ser, entonces puedes decir: «Como Juan no puedo hacer nada, pero puesto que todas las cosas son posibles para Dios, y sé que Dios es mi consciencia de ser, puedo realizar mi deseo en poco tiempo. Cómo se va a realizar mi deseo, no lo sé (como Juan), pero por la ley de mi ser, sé que se realizará».

Con esta creencia firmemente establecida, decide cuál sería el lapso de tiempo relativo, racional, en el que ese deseo se podría realizar. Una vez más, permíteme que te recuerde que no debes acortar ese lapso porque estés ansioso por recibir tu deseo; haz que sea un lapso de tiempo natural. Nadie puede decirte cuál ese lapso de tiempo. Sólo tú puedes decir cuál sería ese lapso para ti. El lapso de tiempo es relativo; es decir, dos personas no establecerían la misma medida de tiempo para la realización de su deseo.

El tiempo siempre está condicionado por la idea que la persona tiene de sí misma. La confianza en ti mismo, como está condicionada por la consciencia, siempre acorta el lapso de tiempo. Si estuvieras acostumbrado a los grandes logros, te darías un lapso de tiempo mucho más corto para realizar tu deseo que el que se daría una persona formada en la derrota.

Si hoy fuera miércoles y decidieras que sería bastante posible que tu deseo encarne una nueva realización de ti el domingo, entonces el domingo es el momento en el tiempo que visitarías. Para realizar esta visita, cierras el miércoles y dejas entrar al domingo. Esto se consigue simplemente sintiendo que hoy es domingo. Empieza a oír las campanas de la iglesia; empieza a sentir la tranquilidad de ese día y todo lo que el domingo significa para ti; siente realmente que es domingo. Cuando hayas logrado

esto, siente la alegría de haber recibido eso que el miércoles no era más que un deseo. Siente la emoción absoluta de haberlo recibido, y luego regresa al miércoles, el momento en el tiempo que dejaste atrás. Al hacer esto, has creado un vacío en la consciencia pasando del miércoles al domingo. La naturaleza, que detesta los vacíos, se apresura a llenarlo, creando así un molde a semejanza de aquello que potencialmente creas, es decir, la dicha de haber realizado tu deseo definido.

Cuando regreses al miércoles estarás lleno de una expectativa alegre, porque habrás establecido la consciencia de aquello que debe tener lugar el siguiente domingo. Mientras pasas por el lapso del jueves, el viernes y el sábado, nada te altera, independientemente de las circunstancias, porque ya has predeterminado lo que serás en el Sabat y ésta sigue siendo una convicción inalterable.

Habiendo ido antes a preparar el lugar, has regresado a Juan y ahora estás llevándolo contigo, a través del lapso de tres días, hacia el lugar preparado para que él pueda compartir tu alegría contigo, porque donde YO ESTOY podéis estar vosotros también.

Y Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza».

GEN. 1,26

EL DIOS TRINO

Habiendo descubierto que Dios es nuestra consciencia de ser y que esta realidad no condicionada, inmutable (el Yo soy), es el único creador, veamos por qué la Biblia habla de una trinidad como creadora del mundo. En el verso 26 del primer capítulo del Génesis, se afirma: «Y Dios dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen"». Las iglesias se refieren a esta pluralidad de Dioses como Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Jamás han intentado explicar lo que quieren decir con «Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo», porque no saben nada acerca de este misterio.

Padre, Hijo y Espíritu Santo son los tres aspectos o condiciones de la consciencia de ser, no condicionada, llamada Dios. La consciencia de ser precede a la consciencia de ser algo. Esa consciencia no condicionada que precede a todos los estados de consciencia es Dios: Yo soy. Los tres aspectos condicionados o divisiones de sí misma pueden explicarse mejor de esta manera.

La actitud receptiva de la mente es ese aspecto que recibe impresiones y, por lo tanto, puede compararse al útero o a la Madre.

Aquello que hace la impresión es el aspecto masculino o que presiona y, por lo tanto, es conocido como el Padre.

La impresión, con el tiempo, se convierte en una expresión, la cual es siempre la imagen y semejanza de la impresión; por lo tanto, se dice que este aspecto materializado es el Hijo que da fe de su Padre-Madre. La comprensión de este misterio de la trinidad permite a la persona que lo comprende transformar por completo su mundo y crearlo a su propio gusto.

He aquí una aplicación práctica de este misterio. Siéntate en silencio y decide que es lo que más te gustaría expresar o poseer. Cuando lo hayas decidido, cierra los

ojos y aleja tu atención completamente de aquello que negaría la realización de la cosa deseada. A continuación, adopta una actitud mental receptiva y juega al juego de suponer, imaginando cómo te sentirías si realizaras tu deseo ahora. Empieza por escuchar como si el espacio te estuviera hablando y diciéndote que ahora eres aquello que deseas ser.

Esta actitud receptiva es el estado de consciencia que debes adoptar para que se pueda realizar una impresión. Cuando hayas alcanzado este estado de ánimo flexible e impresionable, entonces empieza a grabar en ti el hecho de que eres eso que deseas ser, afirmando y sintiendo que ahora estás expresando y poseyendo aquello que habías decidido ser y tener. Continúa con esta actitud hasta que se realice la impresión. Cuando contemplas ser y poseer aquello que has decidido ser y tener, notarás que, con cada inhalación de tu respiración, una emoción alegre recorre todo tu ser. Esta emoción aumenta en intensidad cuando sientes cada vez más la alegría de ser aquello que estás afirmando ser. Luego, en una última inhalación profunda, todo tu ser explotará con la alegría de la realización y sabrás, por tu sentimiento, que estás fecundado por Dios, el Padre. En cuanto la impresión esté hecha, abre los ojos y regresa al mundo que unos instantes antes dejaste fuera.

En esta actitud receptiva, mientras contemplabas ser aquello que deseabas ser, en realidad estabas realizando el acto espiritual de la generación. Así que ahora puedes volver de esa meditación silenciosa como un ser preñado, que lleva en su vientre un hijo o una impresión, que ha sido concebido inmaculadamente sin la ayuda del hombre.

La duda es la única fuerza capaz de molestar a la semilla o la impresión. Para evitar perder un bebé tan maravilloso, mantén el secreto durante el lapso de tiempo que tardará la impresión en convertirse en una expresión. No le hables a nadie de tu romance espiritual. Encierra tu secreto dentro de ti, con alegría, feliz y seguro de que algún día darás a luz al hijo de tu amante expresando y poseyendo la naturaleza de tu impresión. Entonces comprenderás el misterio: «Dios dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen"».

Sabrás que la pluralidad de dioses al que se hacía referencia son los tres aspectos de tu propia consciencia y que tú eres la trinidad, que se encuentran en un cónclave espiritual para crear un mundo a imagen y semejanza de aquello eres consciente de ser.

Cuando reces, entra en tu habitación, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está presente en lo secreto. Y tu Padre,

que ve en lo secreto, te recompensará abiertamente.

Mat. 6,6

*Todo lo que pidáis en oración,
creed que lo recibiréis, y lo tendréis.*

Marcos 11,24

LA ORACIÓN

La oración es la experiencia más maravillosa que una persona puede tener. A diferencia de los susurros diarios de la gran mayoría de la humanidad de todas las regiones que, con sus vanas repeticiones, espera que Dios la oiga, la oración es el éxtasis de una boda espiritual que tiene lugar en la profunda y silenciosa quietud de la consciencia. En su verdadero sentido, la oración es la ceremonia de matrimonio con Dios. Del mismo modo que, el día de su boda, una muchacha renuncia al apellido de su familia para adoptar el apellido del marido, asimismo la persona que reza debe renunciar a su nombre o naturaleza actual y adoptar la naturaleza de aquello por lo que reza.

Los evangelios han instruido claramente a las personas sobre la realización de esta ceremonia de la siguiente manera: "Cuando reces, entra en tu interior en secreto y cierra la puerta y, tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará abiertamente». Entrar en tu interior es entrar en los aposentos nupciales. Del mismo modo que en la noche de bodas sólo se permite que entren el novio y la novia en una habitación tan sagrada como es la suite nupcial, tampoco se permite que nadie, excepto la persona que reza y aquello por lo que reza, entre en el momento sagrado de la oración. De la misma manera que al entrar en la suite nupcial el novio y la novia cierran la puerta al mundo exterior, también la persona que entra en el momento sagrado de la oración debe cerrar la puerta de los sentidos y dejar el mundo que le rodea absolutamente fuera. Esto se logra alejando la atención completamente de todas las cosas que no sean aquello de lo que ahora estás enamorado (la cosa deseada).

La segunda fase de esta ceremonia espiritual está definida en estas palabras: «Cuando recéis, creed que habéis recibido y recibiréis». Cuando crees alegremente ser y poseer aquello que deseas ser y tener, has dado este segundo paso y, por lo tanto, estás realizando espiritualmente actos de matrimonio y generación.

Tu actitud mental receptiva mientras rezas o contemplas podría compararse a una

novia o a un útero, porque es ese aspecto de la mente el que recibe las impresiones. Aquello que contemplas ser es el novio, porque es el nombre o la naturaleza que adoptas y, por lo tanto, es aquello que deja su fecundación. De modo que uno renuncia a la soltería o a su actual naturaleza cuando adopta el nombre y la naturaleza de la fecundación.

Perdido en la contemplación y habiendo adoptado el nombre y la naturaleza de la cosa contemplada, todo tu ser se emociona con la alegría de ser eso. Esta emoción que recorre todo tu ser cuando te apropias de la consciencia de tu deseo es la prueba de que estás casada y has sido fecundada. Cuando regresas de esta meditación silenciosa, la puerta se abre una vez más al mundo que dejaste atrás. Pero esta vez regresas como una novia embarazada. Entrás en el mundo siendo un ser transformado y, aunque sólo tú sabes de este maravilloso romance, muy pronto el mundo verá las señales de tu embarazo, porque empezarás a expresar aquello que en tus momentos de silencio sentiste que eras.

La madre del mundo, o la novia del Señor, se llama expresamente María, o agua, porque el agua pierde su identidad cuando adopta la naturaleza de aquello con lo que se mezcla. Asimismo, María, la actitud mental receptiva, debe perder su identidad al adoptar la naturaleza de la cosa deseada. Únicamente cuando uno está dispuesto a renunciar a sus limitaciones y a su identidad del presente, puede uno convertirse en aquello que desea ser. La oración es la fórmula mediante la cual se realizan esos divorcios y esos matrimonios.

«Si dos de vosotros se ponen de acuerdo, eso se establecerá en la Tierra.» Los dos que se ponen de acuerdo son tú, que eres la novia, y la cosa deseada, que es el novio. Cuando se logre este acuerdo, nacerá un niño que dará fe de esta unión. Empezarás a expresar y a poseer aquello que eres consciente de ser. Rezar es, por lo tanto, reconocer que eres aquello que deseas ser, en lugar de rogarle a Dios que te dé aquello que deseas.

Millones de plegarias se quedan sin responder a diario porque el ser humano le reza a un Dios que no existe. Puesto que la consciencia es Dios, uno debe buscar en la consciencia la cosa deseada adoptando la consciencia de la cualidad que uno desea. Sólo cuando uno hace esto, sus plegarias son respondidas. Ser consciente de ser pobre mientras uno reza para tener riqueza es ser recompensado con aquello que uno es consciente de ser: es decir, con pobreza. Para que las oraciones tengan éxito deben ser afirmadas y apropiadas. Adopta la consciencia positiva de la cosa deseada.

Cuando tengas tu deseo definido, entra silenciosamente en tu interior y cierra la puerta detrás de ti. Piérdete en tu deseo; siente que eres uno con él; mantente en esta

fijación hasta que hayas absorbido la vida y el nombre afirmando y sintiendo que eres y tienes lo que deseabas. Cuando salgas de tu momento de oración, debes hacerlo siendo consciente de ser y poseer aquello que hasta ese momento deseabas.

*Y cuando reunió a sus doce discípulos,
les dio el poder de echar los espíritus impuros
y de sanar todo tipo de enfermedades y dolencias.
MATEO 10,1*

LOS DOCE DISCÍPULOS

Los doce discípulos representan las doce cualidades de la mente que pueden ser controladas y disciplinadas por el ser humano. Si son disciplinadas, obedecerán en todo momento las órdenes de quien las ha disciplinado.

Estas doce cualidades en el ser humano son potenciales de todas las mentes. Cuando están indisciplinadas, sus actos recuerdan más a los actos de una pandilla que a los de un ejército entrenado y disciplinado. El origen de todas las tormentas y confusiones en las que está sumergido el ser humano puede hallarse directamente en esas doce características mal relacionadas de la mente humana en su actual estado inactividad. Hasta que sean despertadas y disciplinadas, permitirán que cada rumor y cada emoción sensual les afecten.

Cuando las doce están disciplinadas y se tiene un control sobre, el que ejerce este control les dirá: «A partir de ahora no os llamaré esclavas, sino amigas». Sabe que, a partir de ese momento, cada atributo de la mente adquirido y disciplinado será su amigo y le protegerá.

Los nombres de las doce cualidades revelan sus naturalezas. No se les da estos nombres hasta que son llamados a ser discípulos. Estos son: Simón, que más tarde fue llamado Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el Cananita y Judas.

La primera cualidad que debe ser llamada y disciplinada es Simón, o el atributo del oído. Esta facultad, cuando es elevada al nivel de un discípulo, permite que sólo lleguen a la consciencia aquellas impresiones que el oído le ha ordenado que deje entrar. No importa lo que la sabiduría de la persona pueda sugerir o la evidencia de sus sentidos pueda transmitir; si dichas sugerencias e ideas no están de acuerdo con lo que oye, permanece inmutable. Esta ha sido instruida por su Señor y entiende que cada sugerencia que permite que pase por su puerta, al llegar a su Señor y Maestro (su consciencia), dejará su impresión ahí y, con el tiempo, esa impresión se convertirá

en una expresión.

La instrucción a Simón es que debería permitir únicamente la entrada de visitantes dignos y honorables a la casa (la consciencia) de su Señor. Ningún error puede tapar u ocultar a su Maestro, porque cada expresión de la vida le dice a su Señor a quién ha prestado atención consciente o inconscientemente.

Cuando Simón, por sus obras, demuestra que es un discípulo sincero y fiel, entonces recibe el nombre de Pedro o la piedra, el discípulo impasible, el que no puede ser sobornado o coaccionado por ningún visitante. Su Señor lo ha llamado Simón Pedro, el que escucha fielmente las órdenes de su Señor y decide qué órdenes no escucha.

Es este Simón Pedro quien descubre que el Yo soy es Cristo y, por su descubrimiento, se le dan las llaves del Cielo y se convierte en la piedra fundamental sobre la cual descansa el Templo de Dios. Los edificios deben tener cimientos firmes y solo el oír disciplinado, al saber que el Yo soy es Cristo, puede mantenerse firme e impasible en el conocimiento de que Yo soy Cristo y aparte de Mí no hay ningún otro salvador.

La segunda cualidad llamada a ser un discípulo es Andrés, o la valentía. Cuando se desarrolla la primera cualidad, la fe en uno mismo, automáticamente hace que nazca su herma, la valentía. La fe en uno mismo, que no pide la ayuda del hombre, sino que se apropia en silencio y por sí sola de la consciencia de la cualidad deseada (a pesar de la razón o de la evidencia de sus sentidos, que le indican lo contrario) sigue siendo fiel, esperando pacientemente con el conocimiento de que su afirmación invisible, si se mantiene, debe realizarse. Esta fe desarrolla una valentía y una fortaleza de carácter que están más allá de lo que pueda llegar a imaginar la persona indisciplinada cuya fe está en las cosas visibles.

La fe de la persona indisciplinada no puede llamarse verdaderamente fe. Porque si le quitamos a una persona los ejércitos, las medicinas o la sabiduría en las que pone su fe, la fe y la valentía desaparecen con ella. Pero a la persona disciplinada le podemos arrebatar el mundo entero y, sin embargo, seguirá teniendo fe, con el conocimiento de que el estado de consciencia en el que mora se encarnará a su debido tiempo. Esta valentía es el hermano de Pedro, Andrés, el discípulo que sabe lo que es atreverse, hacer y guardar silencio.

Las siguientes dos cualidades que son llamadas también están relacionadas. Son los hermanos Santiago y Juan, Santiago el justo, el juez recto, y su hermano Juan, el amado. Para que la justicia sea sabia, debe ser administrada con amor, poniendo siempre la otra mejilla y respondiendo en todo momento al mal con el bien, al odio

con amor, a la violencia con no-violencia.

Cuando el discípulo Santiago, símbolo de un juicio disciplinado, es elevado al alto cargo de juez supremo, se le debe poner una venda en los ojos para que no sea influido por la carne y no juzgue por las apariencias. El juicio disciplinado es administrado por alguien que no está influido por las apariencias. El que llamó a estos hermanos a ser sus discípulos se mantiene fiel a su orden de oír únicamente aquello que le han ordenado oír, es decir, el Bien. La persona que tiene la cualidad de una mente disciplinada es incapaz de oír y aceptar como cierta cualquier cosa, sobre ella o sobre otra persona, que, al oírla, no llene su corazón con amor.

Estos dos discípulos o aspectos de la mente son uno e inseparables cuando son despertados. Alguien tan disciplinado perdona a todas las personas por ser como son. Puesto que es un juez sabio, sabe que cada persona expresa a la perfección aquello que, como ser humano, es consciente de ser. Sabe que sobre los cimientos inmutables de la consciencia descansan todas las manifestaciones y que los cambios de expresión pueden producirse únicamente mediante un cambio en la consciencia.

Sin condena ni críticas, estas cualidades disciplinadas de la mente permiten que todo el mundo sea como es. No obstante, aunque permite que todas las personas tengan esta libertad de escoger, siempre están vigilantes para ver que predigan y hagan (para sí mismas y para los demás) solamente aquellas cosas que, cuando son expresadas, glorifican, dignifican y dan alegría a quien las expresa.

La quinta cualidad llamada a ser un discípulo es Felipe. Este pidió que le mostraran al Padre. La persona despierta sabe que el Padre es el estado de consciencia en el que habita el ser humano y que ese estado o Padre sólo puede verse cuando es expresado. Sabe que está hecha a la perfecta imagen o semejanza de esa consciencia con la que se identifica. De modo que declara: «Nadie ha visto jamás a mi Padre, pero yo, el hijo, que moro en su seno, lo he revelado. Por lo tanto, cuando me veis a mí, el hijo, veis a mi Padre, porque he venido para dar fe de mi Padre». Mi Padre y yo, la consciencia y su expresión, Dios y el hombre, son uno.

Este aspecto de la mente, cuando se disciplina, persiste hasta que las ideas, las ambiciones y los deseos se convierten en realidades encarnadas. Ésta es la cualidad que afirma: «Pero en mi carne veré a Dios». Sabe cómo convertir la palabra en carne, cómo dar forma a lo informe.

El sexto discípulo se llama Bartolomé. Esta cualidad es la facultad imaginativa, una cualidad de la mente que cuando está despierta te diferencia de las masas. Una imaginación despierta coloca al que ha despertado por encima de la persona media, dándole la apariencia de un rayo de luz en un mundo de oscuridad. Ninguna cualidad separa tanto a una persona de otra como la imaginación disciplinada. Es como separar

el trigo de la paja. Los que más han aportado a la sociedad son nuestros artistas, científicos, inventores y otras personas con una imaginación vivida.

Si hicieran un estudio para determinar por qué muchos hombres y mujeres fracasan en los años posteriores a la universidad, mientras que otros triunfan, encontraríamos que la imaginación había jugado un papel importante. Un estudio de ese tipo mostraría que es la imaginación o la falta de ella la que hace que una persona sea un líder, o un segundón.

En lugar de desarrollar la imaginación del ser humano, nuestro sistema educativo a menudo la sofoca al intentar introducir en la mente de la persona la sabiduría que busca. La obliga a memorizar una serie de libros de texto que, con demasiada rapidez, son refutados por libros posteriores. La educación no se consigue introduciendo algo en una persona; su propósito es extraer de la persona la sabiduría que está latente en ella. Espero, lector, que conviertas a Bartolomé en tu discípulo, porque únicamente cuando esta cualidad sea elevada a la categoría de discípulo, tendrás la capacidad de concebir ideas que te elevarán más allá de las limitaciones del hombre.

El séptimo se llama Tomás. Esta cualidad disciplinada duda, o niega, cada rumor o sugerencia que no está en armonía con lo que se le ha ordenado a Simón Pedro que deje entrar. La persona que es consciente de estar sana (no porque ha heredado una buena salud, ni por la dieta o el clima, sino porque ha despertado y conoce el estado de consciencia en el que vive) continuará expresando una buena salud, a pesar de las condiciones del mundo. Podría enterarse a través de la prensa, la radio y los sabios del mundo que una plaga está arrasando la Tierra y, sin embargo, seguiría impasible y no se dejaría impresionar. Tomás, el que duda, si está disciplinado, negará que la enfermedad, o cualquier otra cosa que no esté en sintonía con la consciencia a la que pertenece, tenga algún poder para afectarlo.

Es la cualidad de la negación, cuando está disciplinada, evita que la persona reciba impresiones que no están en armonía con su naturaleza. Adopta una actitud de indiferencia absoluta a todas las sugerencias que son ajenas a aquello que desea expresar. La negación disciplinada no es una lucha, sino indiferencia absoluta.

Mareo, el octavo, es el don de Dios. Esta cualidad de la mente revela que los deseos del hombre son regalos de Dios. La persona que ha llamado a este discípulo a la existencia sabe que todos los deseos de su corazón son un regalo del Cielo y que contienen el poder y el plan para su expresión. Una persona así jamás cuestiona la forma en que se expresará. Sabe que el plan de expresión nunca le es revelado al hombre porque no se pueden averiguar las formas de actuar de Dios. Acepta completamente sus deseos como regalos que ya ha recibido y sigue su camino en paz,

confiando en que aparecerán.

El noveno discípulo se llama Santiago hijo de Alfeo. Esta es la cualidad del discernimiento. Una mente clara y ordenada es la voz que llama a este discípulo a la existencia. Esta facultad percibe aquello que no ha sido revelado para el ojo humano. Este discípulo no juzga por las apariencias, porque tiene la capacidad de funcionar en la esfera de las causas, por lo tanto, jamás se deja engañar por las apariencias.

La clarividencia es la facultad que se despierta cuando esta cualidad está desarrollada y disciplinada; no la clarividencia de las sesiones de espiritismo de los médiums, sino la auténtica clarividencia o capacidad de ver claramente de los místicos. Es decir, este aspecto de la mente tiene la capacidad de interpretar lo que se ve. El discernimiento o la capacidad de diagnosticar es la cualidad de Santiago, hijo de Alfeo.

Tadeo, el décimo, es el discípulo de la alabanza, una cualidad de la que carece por completo la persona indisciplinada. Cuando esta cualidad de la alabanza y el dar las gracias está despierta dentro de la persona, ésta se pasea con las palabras «Gracias, Padre» en los labios. Sabe que su gratitud por las cosas no vistas abre las ventanas del cielo y permite que se viertan sobre él regalos que van más allá de su capacidad de recibir.

La persona que no se siente agradecida por las cosas recibidas probablemente no recibirá muchos regalos de la misma fuente. Hasta que esta cualidad de la mente esté disciplinada, el ser humano no verá al desierto florecer como una rosa. La alabanza y la gratitud son a los regalos invisibles de Dios (los deseos que uno tiene) lo que la lluvia y el Sol a las semillas invisibles que están en el seno de la tierra.

La undécima cualidad es Simón de Cana. Una frase clave para este discípulo es «Oír buenas noticias». Simón de Cana, o Simón de la tierra de la leche y la miel, cuando es llamado a ser discípulo, es la prueba de que alguien que posee esta facultad es consciente de la abundancia de la vida. Puede decir con el salmista David: «Me preparas una mesa en presencia de mis enemigos, perfumas con unguento mi cabeza y me llenas la copa a rebosar». Este aspecto disciplinado de la mente es incapaz de oír nada que no sean buenas noticias y, por lo tanto, está bien cualificada para predicar el Evangelio o el Buen hechizo.* (N. de la T.: Aquí el autor hace un juego de palabras. «Evangelio» en inglés es «Gospel» y «Buen hechizo» es «Good-spell»).

La duodécima y última de las cualidades disciplinadas de la mente se llama Judas. Cuando esta cualidad está despierta, la persona sabe que debe dejar de ser lo que es

para poder convenirse en lo que desea ser. Así, se dice de este discípulo que se suicidó, que es la manera que tiene el místico de decirle al iniciado que Judas es el aspecto disciplinado del desprendimiento. Este sabe que su Yo soy, o consciencia, es su salvador, de modo que deja ir a todos los demás salvadores. Esta cualidad, cuando está disciplinada, le da a la persona la fuerza para soltar.

La persona que ha llamado a Judas a la existencia ha aprendido a alejar su atención de los problemas o las limitaciones y a ponerla en aquello que es la solución o el salvador. «El que no nace de nuevo no puede entrar en el Reino de los Cielos.» «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por un amigo.» Cuando la persona se da cuenta de que la cualidad deseada, si se realiza, le salvará y será su amiga, renuncia de buena gana a su vida (su concepto actual de sí misma) por su amiga, apartando su consciencia de aquello que es consciente de ser y adoptando la consciencia de aquello que desea ser.

Cuando el hombre despierte de su estado indisciplinado, Judas, un discípulo al que el mundo, en su ignorancia, ha desacreditado, será colocado en un lugar elevado, porque Dios es amor y nadie tiene mayor amor que este, que dejar su vida por un amigo. La persona no se convertirá en aquello que desea ser hasta que abandone eso que ahora es consciente de ser; y Judas es el que consigue esto a través del suicidio o el desprendimiento.

Estas son las doce cualidades que le fueron dadas al hombre en la creación del mundo. El deber del ser humano es elevarlas al nivel de discípulas. Cuando logre esto, dirá: «He acabado la obra que me encomendaste y te he glorificado en la Tierra. Ahora, Padre, glorifícame tú junto a ti con la gloria que tenía contigo antes de existir el mundo».

En él vivimos, nos movemos y existimos.

HECHOS 17,28

LUZ LIQUIDA

Psíquicamente, este mundo es como un océano de luz que contiene en su interior todas las cosas, incluido el ser humano, como cuerpos palpitantes envueltos en luz líquida. La historia bíblica del Diluvio es el estado en el que vive el hombre. En realidad está envuelto en un océano de luz líquida en el que se mueve una gran cantidad de seres de luz.

La historia del Diluvio sigue representándose en la actualidad. El ser humano es el Arca que contiene en su interior los principios masculino-femenino de todo ser vivo. La paloma, o la idea, que es enviada para que encuentre tierra firme el intento del ser humano de encarnar sus ideas. Las ideas del ser humano recuerdan a las aves en vuelo: como la paloma del relato bíblico, regresan a él sin encontrar un lugar donde descansar. Si la persona no permite que estas búsquedas infructuosas la desanimen, un día el ave regresará con una ramita verde. Cuando haya adoptado la consciencia de la cosa deseada, se convencerá de que es así, y sentirá y sabrá que es aquello de lo que se ha apropiado conscientemente, aunque todavía no haya sido confirmado por sus sentidos. Un día, la persona se identificará tanto con su idea que sabrá que eso es ella, y declarará: «Yo SOY. Yo soy lo que deseo ser (Yo soy lo que Yo soy).» Descubrirá que, al hacer esto, empezará a encarnar su deseo (esta vez, la paloma o el deseo encontrará tierra firme), realizando así el misterio de la palabra hecha carne.

Todo en el mundo es una cristalización de esta luz líquida. Yo soy la luz del mundo. Tu consciencia de ser es la luz líquida del mundo que se cristaliza en las ideas que tienes de ti mismo.

Tu consciencia de ser no condicionada fue concebida primero en la luz líquida (que es la velocidad inicial del universo). Todas las cosas, desde las vibraciones (o expresiones) más altas hasta las más bajas de la vida no son más que distintas vibraciones o velocidades de esta velocidad inicial. El oro, la plata, el hierro, la madera, la carne, etc., sólo son diferentes expresiones o velocidades de esta única sustancia: luz líquida.

Todas las cosas son luz líquida cristalizada. La diferenciación o infinidad de expresiones está causada por el deseo de la persona que las concibe de conocerse a sí misma. Tu concepto de ti mismo determina automáticamente la velocidad necesaria para expresar aquello que has concebido que eres.

El mundo es un océano de luz líquida en innumerables estados diferentes de cristalización.

*El Señor insuffló en sus narices el aliento de vida,
y el hombre llegó a ser un alma viviente.
GÉNESIS 2,7*

EL. ALIENTO DE VIDA

¿El Profeta Elías realmente le devolvió la vida al hijo muerto de la viuda? Esta historia, como todas las de la Biblia, es un drama psicológico que tiene lugar en la consciencia del hombre. La viuda simboliza a todos los hombres y mujeres del mundo; el niño muerto representa los deseos y ambiciones frustrados del ser humano; mientras que el profeta Elías simboliza el poder de Dios dentro del hombre, o su .consciencia de ser.

La historia a nos cuenta que el profeta tomó al niño muerto del seno de su madre y lo llevó a una habitación alta. Cuando entró en esa habitación, cerró la puerta detrás de ellos. Colocando al niño sobre una cama, le insuffló el aliento de vida. Luego regresó a donde estaba la madre, le entregó a su hijo y le dijo: «Mujer, tu hijo vive».

Los deseos del ser humano pueden simbolizarse en el niño muerto. El mero hecho de desear algo es una prueba positiva de que la cosa deseada todavía no es una realidad viviente en su mundo. Intenta de todas las formas imaginables convertir su deseo en realidad, darle vida, pero al final descubre que todos los intentos son vanos.

La mayoría de las personas no es consciente de la existencia del poder infinito que está en su interior. Siguen teniendo indefinidamente al niño muerto en sus brazos, sin darse cuenta de que el deseo es la indicación positiva de las capacidades ilimitadas de su realización.

Si la persona reconoce una vez que su consciencia es un profeta que insufla vida a todo lo que ella es consciente de ser, cerrará la puerta de sus sentidos a su problema y fijará su atención únicamente en aquello que desea, sabiendo que al hacerlo sus deseos se harán realidad. Descubrirá que el reconocimiento es el aliento de vida, pues percibirá (porque ahora declara conscientemente que está expresando o poseyendo todo lo que desea ser o tener) que estará insuflando el aliento de vida a su deseo. La cualidad reclamada para el deseo (en cierto modo, desconocida para

ella) empezará a moverse y a convertirse en una realidad viva en su mundo.

Sí, el Profeta Elías vive eternamente como la consciencia ilimitada de ser, la viuda como su consciencia limitada de ser y el niño como aquello que desea ser.

*Tu Dios, a quien sirves
con tanta perseverancia, podrá salvarte.*
DANIEL 6,17

DANIEL EN EL FOSO DE LOS LEONES

La historia de Daniel es la historia de todas las personas. Está escrito que Daniel, mientras estuvo encerrado en el foso de los leones, dio la espalda a las bestias hambrientas y, con la vista enfocada en la luz que entraba desde arriba, rezó al único Dios. Los leones, que habían sido privados de alimentación intencionadamente para el festín, fueron incapaces de hacer daño al profeta. La fe en Dios de Daniel era tan grande que finalmente propició su libertad y que le asignaran un alto cargo en el gobierno de su país. Esta historia fue escrita para que te instruyeras en el arte de liberarte de cualquier problema o prisión en el mundo.

Lo único que nos preocuparía a la mayoría de nosotros si nos encontráramos en el foso de los leones, serían los leones. No pensaríamos en ningún otro problema en el mundo entero, excepto el de los leones. Sin embargo, nos cuentan que Daniel les dio la espalda y miró hacia la luz que era Dios. Si pudiéramos seguir el ejemplo de Daniel al sentirnos amenazados por cualquier desastre, como, por ejemplo, los leones, la pobreza o la enfermedad; si, como Daniel, también nosotros pudiéramos llevar nuestra atención a la luz que es Dios, nuestras soluciones serían igual de simples.

Si, por ejemplo, te encarcelaran, nadie tendría que decirte que lo que deberías desear es la libertad. La libertad, o mejor dicho, el deseo de ser libre, sería automático. Lo mismo se aplicaría si te encontraras enfermo o endeudado o en cualquier otro apuro. Los leones representan las situaciones aparentemente sin solución, de una naturaleza amenazadora. Todo problema produce automáticamente su solución en la forma de un deseo de liberarnos del problema. Por lo tanto, dale la espalda a tu problema y centra tu atención en la solución deseada, sintiendo que ya eres aquello que deseas. Continúa con esa creencia y descubrirás que los muros de tu prisión desaparecen cuando empiezas a expresar aquello que ahora eres consciente de ser.

He visto a personas, aparentemente con grandes deudas, aplicar este principio, y en muy poco tiempo esas montañas habían desaparecido. También he visto aplicar este principio a personas a quienes los médicos habían diagnosticado una enfermedad incurable y, en un período de tiempo increíblemente corto, su enfermedad supuestamente incurable había desaparecido sin dejar rastro.

Debes ver tus deseos como las palabras pronunciadas por Dios, y cada palabra como una profecía de lo que puedes llegar a ser. No cuestiones si eres digno, o no, de que tus deseos se hagan realidad. Acéptalos cuando lleguen a ti. Agradécelos como si fueran regalos. Siéntete feliz y agradecido por haber recibido esos regalos maravillosos. Luego, sigue tu camino en paz.

Esta sencilla aceptación de tus deseos es como dejar caer una semilla fértil en una tierra siempre preparada. Cuando dejas caer tu deseo en la consciencia como si fuera una semilla, seguro de que aparecerá en todo su potencial, has hecho todo lo que se espera de ti. Preocuparte o interesarte por la manera en que se despliega es mantener esas semillas fértiles agarradas mentalmente y, por lo tanto, impedir que maduren hasta la cosecha.

No estés angustiado o preocupado por los resultados. Los resultados llegarán con la misma seguridad con que el día sigue a la noche. Ten fe en esta siembra hasta que la evidencia se manifieste mostrándote que así es. Tu confianza en este procedimiento te dará grandes recompensas. Sólo esperarás un poco en la consciencia de la cosa deseada; luego, súbitamente, y cuando menos te lo esperes, la cosa sentida se convertirá en tu expresión. La vida no hace diferencias entre las personas ni destruye nada; continúa manteniendo vivo aquello que la persona es consciente de ser. Las cosas desaparecerán únicamente cuando la persona cambie su consciencia. Por mucho que lo quieras negar, sigue siendo un hecho que la consciencia es la única realidad y que las cosas no son más que un reflejo de aquello que eres consciente de ser. El estado celestial que buscas lo encontrarás únicamente en la consciencia, porque el Reino de los Cielos está dentro de ti.

Tu consciencia es la única realidad viva, la cabeza eterna de la creación. Aquello que eres consciente de ser es el cuerpo temporal que vistes. Alejar tu atención de lo que eres consciente de ser es decapitar al cuerpo, pero del mismo modo que un pollo o una serpiente continúa saltando y palpitando durante un rato después de que se la haya cortado la cabeza, también las cualidades y condiciones parecen vivir durante un tiempo después de que hayas retirado tu atención de ellas.

El hombre, al no conocer esta ley de la consciencia, piensa constantemente en sus condiciones habituales anteriores y, al prestarles atención, coloca sobre esos cuerpos muertos la cabeza eterna de la creación. De ese modo los reanima y los resucita.

Debes dejar en paz a esos cuerpos muertos y dejar que los muertos entierren a los muertos. Una vez que la persona ha puesto la mano en el arado (es decir, cuando ha adoptado la consciencia de la cualidad deseada), si mira atrás lo único que conseguirá será frustrar su oportunidad de entrar en el Reino de los Cielos.

Puesto que la voluntad del Cielo siempre se hace en la Tierra, actualmente estás viviendo en el Cielo que has establecido dentro de ti, porque tu Cielo se revela en esta Tierra. El Reino de los Cielos realmente está cerca. Ahora es el momento aceptado, así que crea un nuevo Cielo, entra en un nuevo estado de consciencia y aparecerá una nueva Tierra.

*Salieron y subieron a la barca,
y esa noche no pescaron nada.*

JUAN 21,3

*Él les dijo: Echad hi red al lado derecho de la barca
v encontraréis». La echaron, y no podían sacarla
por la gran cantidad de peces.*

JUAN 21,6

PESCAR

Está escrito que los discípulos estuvieron pescando toda la noche y no pescaron nada. Entonces apareció Jesús en escena y les dijo que echaran sus redes otra vez, pero que esta vez las echaran al lado derecho. Pedro obedeció a la voz de Jesús y echó sus redes una vez más al agua. Ahí donde unos minutos antes no había habido ningún pez en el agua, las redes casi se rompieron por la cantidad de peces cogidos.

El ser humano, pescando durante la noche de la ignorancia humana, intenta realizar sus deseos mediante el esfuerzo, y la lucha, y al final descubre que su búsqueda ha sido infructuosa. Cuando descubra que su consciencia de ser es Cristo Jesús, obedecerá a su voz y dejará que dirija su pesca.

Echará el anzuelo al lado derecho; aplicará la ley de la forma correcta y buscará en su consciencia aquello que desea. Al encontrarlo ahí, sabrá que se multiplicará en el mundo de la forma.

Las personas que han tenido el gusto de pescar saben lo emocionante que es sentir al pez en el anzuelo. La mordida del pez va seguida de su juego y después de ese juego se saca al pez del agua. Algo parecido ocurre en la consciencia del hombre cuando pesca en busca de las manifestaciones de la vida.

Los pescadores saben que si quieren pescar un pez grande deben hacerlo en aguas profundas. Si quieres obtener mucho de la vida, debes dejar atrás las aguas superficiales, con sus numerosos arrecifes y barreras, y lanzarte a las azules aguas profundas donde juegan los grandes. Para atrapar las grandes manifestaciones de la vida debes entrar en estados de consciencia más profundos y más libres. Las grandes expresiones de la vida viven únicamente en esas profundidades.

Esta es una fórmula sencilla para tener una pesca exitosa. Primero, decide qué es lo que quieres expresar o poseer. Esto es esencial. Debes saber claramente lo que quieres de la vida para poder pescarlo. Después de tomar tu decisión, aléjate del mundo de los sentidos, retira tu atención del problema y ponía en el mero hecho de existir, repitiendo en silencio pero con sentimiento: «Yo soy». Cuando alejes tu atención del mundo que te rodea y la colocas en el Yo soy, de manera que te pierdas en el sentimiento de simplemente existir, te encontrarás deslizando el ancla que te ataba a las superficialidades de tu problema y, sin ningún esfuerzo, descubrirás que estás avanzando hacia las profundidades.

La sensación que acompaña a este acto es una sensación de expansión. Sentirás que te elevas y te expandes, como si realmente estuvieras creciendo. No temas a esta experiencia de flotar y crecer, porque no vas a perder nada, excepto tus limitaciones. Pero tus limitaciones van a desaparecer cuando te alejes de ellas, porque sólo viven en tu consciencia.

En esta consciencia profunda y expandida, sentirás que eres una poderosa fuerza pulsante tan profunda y rítmica como el mar. Esta sensación de expansión es la señal de que ahora estás en las profundas aguas azules, donde nadan los peces grandes. Imagina que el pez que decides pescar es la salud y la libertad. Empiezas a pescar en estas profundidades informes y pulsantes de ti en busca de esas cualidades o estados de consciencia, y lo haces sintiendo «Yo soy una persona sana», «Yo soy libre». Continúas afirmando y sintiendo que estás sano y eres libre hasta que la convicción de que eres eso te posee.

Cuando la convicción nazca dentro de ti, de manera que todas las dudas desaparezcan y sepas y sientas que te has liberado de las limitaciones del pasado, sabrás que has atrapado esos peces. La alegría que recorre todo tu ser al sentir que eres aquello que deseas ser es igual a la emoción del pescador cuando atrapa a sus peces.

A continuación viene el juego del pez. Esto se consigue regresando al mundo de los sentidos. Cuando abres los ojos al mundo que te rodea, la convicción y la consciencia de que estás sano y eres libre deberían estar tan instaladas en tu interior que todo tu ser se emocione con la expectation. Luego, mientras recorres el necesario lapso de tiempo que tomarán las cosas sentidas en encarnarse, sentirás una emoción secreta porque sabes que dentro de poco tendrás eso que ninguna persona puede ver, pero que tú sientes y sabes que eres.

En un instante, cuando no estés pensando, mientras caminas fielmente con esta consciencia, empezarás a expresar y a poseer eso que eres consciente de ser y

poseer, experimentando con los pescadores la dicha de pescar al gran pez. Ahora, sal a pescar las manifestaciones de la vida, echando tus redes en el lado correcto.

Que estas palabras penetren en vuestros oídos: El hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres.

LUCAS 9,44

SÉ OÍDOS QUE OYEN

Que estas palabras penetren en vuestros odios: El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres.” No seas como esas personas que tienen ojos que no ven y oídos que no oyen. Deja que estas revelaciones penetren profundamente en tus oídos, porque después de que el Hijo (la idea) haya sido concebido, el hombre, con sus valores falsos (la razón), intentará explicar las razones de la expresión del Hijo y, al hacerlo, la hará pedazos.

Cuando las personas están de acuerdo en que algo es humanamente imposible y que, por lo tanto, no se puede hacer, si alguien realiza esa cosa imposible, los sabios que dijeron que eso no podía hacerse empezarán a decirte por qué y cómo ha ocurrido. Cuando hayan acabado rasgando la túnica sin costuras (las causas de la manifestación), estarán tan lejos de la verdad como cuando proclamaron que era imposible. Mientras el ser humano busque la causa de la expresión fuera de quien la expresa, buscará en vano.

Durante miles de años, se le ha dicho al ser humano: «Yo soy la resurrección y la vida», «Ninguna manifestación llega a mí si yo no la atraigo», pero no quiere creerlo. Prefiere creer que las causas están fuera de él. En cuanto aquello que no era visto se hace visible, el hombre está listo para explicar la causa y el propósito de su aparición. Así pues, el Hijo del Hombre (la idea que desea la manifestación) está siendo destruido constantemente en manos (explicación razonable o sabiduría) del hombre.

Ahora que tu consciencia te ha sido revelada como la causa de toda expresión, no regreses a la oscuridad de Egipto con sus muchos dioses. Sólo hay un Dios. El único Dios es tu consciencia. «Y todos los habitantes de la Tierra no cuentan para nada.» «Y él hace lo que quiere con los ejércitos de los Cielos y con los habitantes de la Tierra. Y no hay nadie que pueda detener su mano o le diga: "¿qué haces?"» Si todo el mundo se pusiera de acuerdo en que cierta cosa no puede ser expresada y, sin embargo, tú fueras consciente de ser aquello que ellos están de acuerdo en que no puede ser expresado, tú lo expresarías. Tu consciencia jamás pide permiso para expresar aquello que eres consciente de ser. Lo hace con naturalidad y sin esfuerzo, a pesar de la sabiduría del hombre y de toda la oposición.

«No saludéis a nadie por el camino.» Esta no es una orden de ser insolente o antipático, sino un recordatorio de no reconocer a un superior, a no ver en nadie una

barrera a tu expresión. Nadie puede pararte la mano o cuestionar tu capacidad de expresar aquello que eres consciente de ser. No juzgues las cosas por las apariencias, «porque todos son nada a los ojos de Dios». Cuando los discípulos, por su juicio de las apariencias, vieron al niño demente, pensaron que era un problema más difícil de resolver que otros que habían visto, así que no lograron curarlo. Al juzgar por las apariencias, olvidaron que todas las cosas son posibles para Dios. Hipnotizados como estaban por la realidad de las apariencias, no podían sentir la mutualidad de la cordura.

La única manera de evitar estos fracasos es tener en mente que tu consciencia es el Todopoderoso, la presencia sabia. Sin ayuda, esta presencia desconocida que está en tu interior manifiesta sin esfuerzo aquello que eres consciente de ser. Debes ser totalmente indiferente a la evidencia de los sentidos, de manera que puedas sentir la naturalidad de tu deseo, y tu deseo se realizará. Dale la espalda a las apariencias y siente la naturalidad de esa percepción perfecta dentro de ti, una cualidad de la que nunca se debe desconfiar o dudar. Su comprensión hará que nunca te desvíes del camino. Tu deseo es la solución a tu problema. Cuando el deseo se realiza, el problema desaparece.

No puedes forzar nada hacia fuera con el esfuerzo más poderoso de la voluntad. Sólo hay una manera en que puedes tener a tu disposición las cosas que deseas y es adoptando la consciencia de las cosas deseadas. Hay una gran diferencia entre sentir una cosa y sólo saberla intelectualmente. Debes aceptar sin reservas el hecho de que al poseer (sentir) una cosa en la consciencia, has ordenado a la realidad que la causa venga a la existencia en una forma concreta. Debes estar absolutamente convencido de que hay una conexión continua entre la realidad invisible y su manifestación visible. Tu aceptación interior debe convertirse en una convicción intensa, inalterable, que trasciende tanto a la razón como al intelecto, renunciando enteramente a cualquier creencia en la realidad de la exteriorización, excepto como reflejo de un estado de consciencia interior. Cuando realmente comprendes y crees estas cosas, has construido una certeza tan intensa que nada puede hacerte tambalear.

Tus deseos son realidades invisibles que responden únicamente a las órdenes de Dios. Dios ordena a lo invisible que aparezca, afirmando que él es la cosa ordenada. «Él se hizo igual a Dios y no consideró una usurpación realizar las obras de Dios.» Ahora, deja que esta frase penetre profundamente en tus oídos: **SÉ CONSCIENTE DE SER AQUELLO QUE QUIERES QUE APAREZCA.**

CLARIVIDENCIA

«El Conde de Montecristo»

*¿Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís?
¿Y no recordáis? MARCOS 8,18*

CLARIVIDENCIA

La verdadera clarividencia no se apoya en tu capacidad de ver cosas que están fuera del alcance de la vista humana, sino en tu capacidad de entender lo que ves.

Cualquiera puede ver un informe financiero, pero muy pocos pueden leer un informe financiero. La capacidad de interpretar el informe es la señal de que se tiene una vista clara o clarividencia.

Nadie sabe mejor que el autor que todos los objetos, animados e inanimados, están envueltos en una luz líquida que mueve y pulsa con una energía mucho más radiante que los propios objetos, pero también sabe que la capacidad de ver esas auras no es igual a la capacidad de entender lo que uno ve en el mundo que le rodea.

Para ilustrar este punto, he aquí una historia que todo el mundo conoce, pero que sólo el auténtico místico o clarividente ha comprendido realmente.

SINOPSIS

La historia de Dumas *El Conde de Montecristo* es, para el místico y verdadero clarividente, la biografía de todas las personas.

I Edmond Dantès, un joven marinero, encuentra muerto al capitán de su barco. Tomando el mando del navío en medio de un mar agitado por una tormenta, intenta conducir la nave hasta un lugar donde poder echar el ancla.

II. Dantès tiene un documento secreto que debe ser entregado a un hombre al que no conoce, pero que se presentará ante el joven marinero a su debido tiempo. Este documento es un plan para liberar al Emperador Napoleón de su prisión en la Isla de Elba.

III. Cuando Dantès llega al puerto, tres hombres (quienes, mediante adulaciones y lisonjas, han logrado congraciarse con el actual rey), temiendo cualquier cambio que pudiera afectar a sus puestos en el gobierno, hacen que el joven marinero sea arrestado y encerrado en las catacumbas.

SINOPSIS

IV. Ahí, en esa tumba, Dantès es olvidado y dejan que se pudra. Pasan

COMENTARIO

I. La vida misma es un mar agitado por las tormentas en el que el ser humano lucha mientras intenta dirigirse hacia un puerto de descanso.

II. Dentro de cada persona hay un plan secreto que liberará al poderoso emperador que está en su interior.

III. El ser humano, en su intento de hallar seguridad en este inundo, se deja llevar por las falsas luces de la codicia, la vanidad y el poder.

La mayoría de las personas creen que la fama, la riqueza o el poder político las van a proteger de las tormentas de la vida. De modo que intentan adquirir estas cosas como anclas en sus vidas, para acabar descubriendo, en su búsqueda de estas cosas, que gradualmente van perdiendo el conocimiento de su verdadero ser. Si el ser humano pone su fe en cosas que no son él mismo, con el tiempo, aquello en lo que pone su fe lo destruye. En ese momento, será como alguien que está prisionero en la confusión y la desesperación.

muchos años. Entonces, un día Dantès (que, a esas alturas, ya es un esqueleto viviente) oye unos golpes en el muro de su celda. Tras responder a esos golpes, oye la voz de alguien que está al otro lado del muro. Dantès retira una piedra y descubre a un viejo sacerdote que lleva tanto tiempo en

prisión que nadie conoce ya el motivo de su encarcelamiento ni el tiempo que lleva ahí.

V. El viejo sacerdote, que había estado excavando durante años para salir de esa tumba en vida, acaba descubriendo que lo había hecho en dirección a la tumba de Dantès. Entonces se resigna a su suerte y decide encontrar su alegría y su libertad instruyendo a Dantès sobre todo lo que sabe de los misterios de la vida y ayudándolo a escapar.

Al principio Dantès está impaciente por recibir toda esa información, pero el viejo cura, con la infinita paciencia acumulada durante su largo confinamiento, le muestra lo poco preparado que está para recibir esos conocimientos, porque su mente está ansiosa. De modo que, con calma filosófica, le va revelando lentamente al joven los misterios de la vida y del tiempo.

VI. Mientras Dantès madura bajo las enseñanzas del viejo sacerdote, el anciano descubre que está viviendo cada vez más en la consciencia del joven. Finalmente, le transmite su última dosis de sabiduría a Dantès, preparándolo para ocupar puestos de confianza. Luego le revela la existencia de un tesoro inagotable que está enterrado en la Isla de Montecristo.

SINOPSIS

vii. Ante esta revelación, las paredes de la catacumba que los separaban del océano se derrumban, matando al anciano. Los guardias, al descubrir el accidente, introducen el cuerpo del viejo cura en un saco para lanzarlo al mar. Mientras van a buscar una camilla, Dantès extrae el cuerpo del viejo sacerdote y se introduce dentro del saco. Los guardias, ignorantes de

COMENTARIO

IV. Ahí, detrás de esos muros de oscuridad mental, la persona permanece en lo que parece una muerte en vida. Después de muchos años de decepción y desilusión, se aleja de esos falsos amigos y descubre en su interior al anciano (su consciencia de ser) que ha estado enterrado desde el día en que creyó ser un ser humano y olvido que era Dios.

V. Esta revelación es tan maravillosa que cuando la persona la oye por primera vez quiere recibirla toda de golpe; pero descubre que después de los numerosos años que ha pasado creyendo que era un ser humano, ha olvidado de una forma tan absoluta su verdadera identidad que ahora es incapaz de absorber este recuerdo de una sola vez. Además, descubre que sólo puede hacerlo a medida que vaya abandonando todos sus valores y opiniones humanos.

VI. Cuando la persona abandona esos valores humanos tan queridos absorbe cada vez más luz (el viejo sacerdote), hasta que, finalmente, se convierte en la luz y sabe que él es el anciano.

Yo soy la luz del mundo

este cambio de cuerpos, lanzan a Dantès al agua.

viii. Dantès se libera del saco, va a la Isla de Montecristo y descubre el tesoro enterrado. Entonces, pertrechado con esa fabulosa riqueza y con su sabiduría, se deshace de su identidad humana de Edmond Dantès y adopta el título de Conde de Montecristo.

COMENTARIO

vii. El fluir de la sangre y del agua en la muerte del viejo sacerdote es comparable al fluir de la sangre y el agua del costado de Jesús cuando los soldados romanos lo atravesaron con la lanza, un fenómeno que siempre tiene lugar durante el parto (aquí simbolizando el nacimiento de una consciencia superior).

VIII. La persona descubre que su consciencia de ser es el inagotable tesoro del universo., Ese día, cuando hace este descubrimiento, deja de ser humano y despierta como Dios.

Sí, Edmond Dantès se convierte en el Conde de Montecristo.

El hombre se convierte en Cristo.

SALMO VEINTITRÉS

SALMO VEINTITRÉS

I. El Señor es mi Pastor; nada me falta.

II. En verdes praderas me hace reposar.

III. Él me conduce hacia las aguas tranquilas.

COMENTARIO

I. Mi consciencia es mi Señor y mi Pastor. Aquello que Yo soy consciente de ser son las ovejas que me siguen. Mi consciencia de ser es una pastora tan buena, que jamás ha perdido ninguna oveja o cosa de la que Yo soy consciente de ser.

Mi consciencia es una voz que llama en el desierto de la confusión humana, que llama a todo lo que Yo soy consciente de ser para que me siga. Mis ovejas conocen tan bien mi voz que siempre responden a mi llamada. Jamás ocurrirá que aquello que estoy convencido de Yo soy no pueda encontrarme.

Yo Soy una puerta abierta para que entre todo lo que Yo soy. Mi consciencia de ser es el Señor y Pastor de mi vida. Ahora sé que nunca necesitaré pruebas ni me faltarán evidencias de aquello que soy consciente de ser. Como sé esto seré consciente de que soy magnífico, amoroso, rico, saludable y todos los tributos que admiro.

II. Mi consciencia de ser magnifica todo lo que soy consciente de ser, de modo que siempre hay abundancia de aquello que soy consciente de ser. Independientemente de lo que la persona sea consciente de ser, descubrirá que eso brota eternamente en su mundo. La medida del Señor (el concepto que la persona tiene de sí misma) siempre está comprimida, agitada y desbordándose.

III. No hay ninguna necesidad de luchar por aquello que soy consciente de ser, porque todo lo que soy consciente de ser será conducido hacia mí sin esfuerzo, del mismo modo que un pastor conduce sin esfuerzo a su rebaño hasta las aguas tranquilas de una fuente serena.

IV. Él conforta mi alma; *Él* me guía por los senderos de la justicia, por amor a su nombre.

V. Aunque camine por el valle tenebroso de la muerte, no temo a ningún mal, porque tú estás conmigo; tu vara y tu bastón me alientan.

VI. Tú me preparas una mesa en presencia de mis enemigos, perfumas con aceite mi cabeza y llenas mi copa a rebosar.

VII. Sin duda, la bondad y la compasión me acompañarán todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por siempre jamás.

COMENTARIO

IV. Ahora que he recuperado la memoria -de manera que ahora Yo soy el Señor y aparte de mí no hay ningún Dios- he recuperado mi reino. Mi reino -que se desmembró el día en que creí en poderes que estaban fuera de mí— ahora me ha sido devuelto en su totalidad.

Ahora que sé que mi consciencia de ser es Dios, haré un uso correcto de este conocimiento, siendo consciente de ser aquello que deseo ser.

V. Sí, aunque camine entre la confusión y las opiniones cambiantes de las personas, no temeré ningún mal, porque he descubierto que es la consciencia la que crea la confusión. Puesto que mi propio caso ha sido devuelto al sitio que le corresponde y a la dignidad, a pesar de la confusión, manifestaré aquello que ahora soy consciente de ser. Y la propia confusión resonará y reflejará mi propia dignidad.

VI. Ante la aparente oposición y el conflicto, triunfaré, porque continuaré manifestando la abundancia que ahora soy consciente de de ser. Mi cabeza (mi consciencia) continuará rebosante de la dicha de ser Dios.

VII. Puesto que ahora soy consciente de ser bueno y compasivo, las señales de bondad y compasión están destinadas a seguirme durante el resto de mi vida, porque seguiré morando en la casa (o la conciencia) de ser Dios (el bien) para siempre.

INDICE

Prólogo.....	9
Antes de Abraham.....	13
Tú decretarás.....	15
El principio de la verdad.....	19
¿A quién buscas?.....	21
¿Quién soy yo?.....	35
Yo soy Él.....	45
Hágase tu voluntad.....	53
Ningún otro Dios.....	57
La piedra angular.....	61
Al que tiene.....	65
Crucifixión y resurrección.....	69
Las impresiones.....	75
La circuncisión.....	81
Un lapso de tiempo.....	85
El Dios trino.....	89
La oración.....	93
Los doce discípulos.....	97
Luz líquida.....	107
El aliento de vida.....	109
Daniel en el foso de los leones.....	111
Pescar.....	115
Sé oídos que oyen.....	119
Clarividencia.....	123
Salmo veintitrés.....	133